

CAPÍTULO V

EL GOLPE DE ESTADO DEL 10 DE JULIO DE 1944

Es una realidad sabida que los hechos que tuvieron ocurrencia el 10 de julio de 1944 fueron descabellados, sin coherencia, absurdos, mal planeados y peor ejecutados, lo cual hizo que no cumplieran su cometido para bien del país y del Ejército.

Pero ello no significa de ninguna manera, según nuestro modo de ver y analizar, que no tengan importancia en la historia nacional en general y en la historia militar de Colombia.

Equivocadamente nos hemos hecho a la idea de que sólo son dignos de espacio en la historia y fundamentalmente en la historia militar, aquellos hechos que cubren de gloria por batallas ganadas a militares triunfantes o a figuras eminentes del campo nacional; olvidando tantos episodios dolorosos y hasta vergonzosos, como la pérdida de Panamá y otros de menos trascendencia, pero nunca menos didácticos para las futuras generaciones.

No está por demás recordar que se tiende a perpetuar sólo lo llamativo y que de una u otra manera sirva a intereses políticos, olvidando aspectos que, en contra de muchas opiniones, marcan hitos para el devenir de las naciones que indudablemente están hechos de aciertos y de errores.

Los sucesos de Pasto, estuvieron a punto de cambiar el destino del país por un método equivocado de imprevisibles consecuencias. Se

algunas de las fuentes más importantes por tratarse de publicaciones de difícil consecución, como son los libros del coronel Diógenes Gil y el capitán José Gregorio Quintero, actores principales del golpe de Estado.

¿Hubo un golpe de Estado el 10 de julio de 1944?

Indudablemente sí. No cabe ninguna duda, si nos atenemos a la realidad. Es discutible desde el punto de vista estrictamente jurídico.

Ese día el presidente de la República fue detenido por militares a las 5:30 a.m. En ese momento se creó un vacío de poder que sólo fue llenado por el primer designado, el doctor Darío Echandía a las 10:30 de la mañana, previa autorización del Consejo de Estado que se dio a las 10:15 a.m. En consecuencia, no hubo presidente en ejercicio del poder durante cinco horas y media.

¿Qué motivó el vacío de poder? Es claro que un golpe militar ejecutado por tropas al mando del coronel Diógenes Gil Mojica contra la institución presidencial y la persona del primer mandatario; que el golpe militar fracasó, es un hecho, por cuanto no logró consolidarse. Pero también fue un hecho que el presidente estuvo prisionero, negándosele el ejercicio del poder. Ha habido una actitud de negación del golpe de Estado que la historia, pese a intereses creados, no puede callar.

La situación del país y la política

El mundo padecía la segunda guerra mundial iniciada en septiembre de 1939.

Colombia, como todos los países de América, soportaba dificultades mayores en el orden comercial y financiero recibiendo serios perjuicios económicos.

A esto se suma la turbulencia generada por la política partidista y algunos hechos de corrupción que resintieron al partido de Gobierno, el Partido Liberal dividido por gajes burocráticos y que alcanzaron al doctor Alfonso López Pumarejo y su familia, afectando en materia grave la moral pública y la fe del pueblo colombiano en su gobernante. El presidente López cumplía su segundo mandato presidencial iniciado el 7 de agosto de 1942.

dar silencio y no denunciar en su periódico alguna aventura amorosa en la que sorprendió al hijo del presidente con una distinguida señora, esposa de un alto funcionario".⁷⁵

La realidad fue que la opinión pública dio como un hecho la complicidad del Gobierno en el asesinato. Hubo investigación del Congreso con absolución para aquél.

Laureano Gómez como líder de la oposición en *El Siglo* preguntaba con insistencia: ¿por qué mataron a Mamatoco? En febrero de 1944 fue apresado por calumnia, lo que generó disturbios en varias ciudades del país alterando el orden público en materia grave, lo que hizo que se tomara la decisión de liberar a Laureano quien siguió preguntado: ¿Por qué mataron a Mamatoco?

Sigamos con detalle la historia política de Colombia: No había terminado aún el debate sobre la muerte de Mamatoco, ni la comisión investigadora del Congreso había presentado su informe, cuando surgieron nuevos temas para atacar al gobierno fundados esta vez en verdades comprobadas que llevaron, finalmente, a la caída del Partido Liberal, cuando el presidente López debió renunciar abrumado por la vergüenza que debieron causarle los negocios y las indelicadezas de su hijo Alfonso López Michelsen, quien valiéndose de su condición de hijo del presidente de la república, obtuvo el rápido pronunciamiento de resoluciones ministeriales y ejecutivas y la expedición de decretos favorables a sus negocios. Por esa razón, se llamó a Alfonso López Michelsen, peyorativamente, para resaltar sus vínculos con el Gobierno, *El Hijo del Ejecutivo*.

Entre los negocios del hijo del presidente dos, particularmente, constituyeron los más sonados casos de tráfico de influencias que se haya visto en la historia colombiana, que fueron capitalizados por la oposición y causaron, finalmente, la ruina del Gobierno, del presidente López y del Partido Liberal.⁷⁶

La trilladora Tolima

Con ocasión de la segunda guerra mundial, el Gobierno dictó medidas contra los ciudadanos alemanes residentes en Colombia e intervino sus bienes en forma discutible e injusta, circunstancia que fue habilidosamente aprovechada por Alfonso López Michelsen, hijo del Presidente, para

75 Arteaga Hernández, Manuel; Arteaga Carvajal Jaime, *Historia Política de Colombia*, pág. 612.

76 *Ibid.*, pág. 613.

Con lo dicho no pretendemos justificar el absurdo hecho, pero sí explicar la situación que vivía el país y todas sus instituciones que pudieron haber dado al traste con toda la República. Podrá decirse que la politiquería siempre ha sido corrupta, pero no es menos cierto que, con tales acontecimientos, se pretendió que se aceptara que todo aquello que la ley no prohíba es lícito y que, si la ley puede cambiarse amañadamente, ¿cuál es el problema?

Es necesario recordar que los ejércitos tienen alma que se estimula y aviva con sentimientos altruistas y convicción de patria o que se marchita y disminuye con los malos procederes de políticas y gobernantes que afrentan la patria y sus valores.

El escándalo Handel

Por las mismas razones por las que se atropelló a los alemanes en Colombia, se intervinieron los bienes de los holandeses.

La sociedad Handel era una empresa holandesa, cuya dirección operaba en Curazao y, en Colombia, era propietaria de un gran número de acciones en Bavaria.

La vinculación de López Michelsen a la Handel como abogado venía desde los años del gobierno de Eduardo Santos, época en la que fracasó en sus gestiones ante el Gobierno a favor de tal empresa, para adquirir dichas acciones. Llegado su padre al Gobierno, retomó su empeño y negoció tales acciones para él y sus familiares con la derogación de disposiciones legales que se lo impedían, obteniendo además de las acciones compradas usurariamente una comisión igual al 50% del valor de éstas.

Todo esto fue denunciado en el Senado por el senador liberal Enrique Caballero Escobar, quien conocía los hechos porque había sido socio de López en la iniciación del negocio y pudo, por eso, presentar pruebas detalladas. El escándalo fue tal que el gabinete ministerial renunció y el presidente quedó solo y avergonzado. Los cimientos morales de la república habían sido destrozados.

Estos hechos bochornosos fueron ventilados en el Congreso, como es costumbre, pero la opinión pública nacional e internacional habían hecho su propio juicio.

transacción comercial con empresas y personas de los Estados Unidos, lo cual significó quedar en la picota pública y perder inversiones, trabajos e industrias por acusaciones de haber adelantado transacciones comerciales con personas o empresas de los países del Eje.

Esta injusticia fue motivo de animadversión para el Gobierno y su presidente.

Debe tenerse en cuenta que todas esas personas afectadas eran influyentes y adineradas que de la noche a la mañana quedaron en la quiebra y la pobreza. ¿Podría haber un caldo de cultivo más adecuado como catalizador del descontento con el Gobierno y el mandatario de turno?

Todo indica que el Ejército, como parte importante de la sociedad, fue permeado por ese descontento que, sumado al propio por las políticas puestas en práctica contra la institución y sus intereses, pudo haber tenido vínculos con las tales organizaciones pronazis. En un documento elaborado por el Departamento de Estado en 1942 se encuentran las siguientes cifras, que, aunque discutibles, sirven para mostrar lo que decimos: de 410 oficiales de los grados de general a subteniente, 314 que equivalen al 76,6% eran pronazis y 96, que son el 23,4%, eran pronorteamericanos.

No se puede olvidar la gran influencia de las doctrinas militares alemanas recibidas por los oficiales del Ejército a través de las misiones militares chilena y suiza.

Lo que sí es una realidad probada es que en el golpe del 10 de julio no tuvo una injerencia directa en su planeamiento y ejecución ninguna organización pronazi.

Lo que no puede desconocerse es que todo el descontento agitado por dichas organizaciones y la política nacional plagada de errores y corrupción, aprovechados hábilmente por la oposición, predispusieron los ánimos para la absurda aventura en que se vio mezclado el Ejército.

Algo, y mucho había "podrido en Dinamarca" cuando el caudillo Jorge Eliécer Gaitán tronaba iniciando su campaña a la Presidencia por esos días con el lema: "¡Por la restauración moral y democrática de la República a la carga!".

Uno como militar y como colombiano puede estar de acuerdo o no con el coronel Gil, pero expresó y escribió ideas que, quien pretenda entrar a conocer lo ocurrido en el golpe de Estado de 1944, tendrá que revisar e interpretar asuntos como los siguientes:

El malestar que la nueva política creó y fomentó en las filas militares, fue cobrando mayor notoriedad y firmeza al principio del año 44. Secuelas y críticas que venían presentándose desde años atrás, cada vez más estimulaban la impaciencia. No teníamos generales que le hablaran cara a cara al presidente, porque el ambiente en que fueron formados y la situación de inferioridad en que se quería colocar siempre a los militares, como si esto fuera una consigna, no los habilitaba para tales actitudes. Los generales en Colombia como en cualquier parte del mundo, necesitan ser personajes por todos los costados y no se puede estudiar estrategia cuando no se han pisado los salones de los altos clubes sociales.

Los pagos de los oficiales, por lo general, han sido de una modestia reconocida, pero por los años que nos interesa reseñar de la década de los cuarenta eran verdaderamente lamentables. Por entonces, no existían la Caja de Vivienda Militar, el Instituto de Casas Fiscales, ni otras facilidades que hoy propenden por mejorar el nivel de vida del profesional militar.

Un general colombiano, bien pobre y lleno de necesidades y de afanes para sortear una vida de tirantez y exigencias de la vida ficticia que les [le] imponen sus servicios vivía en un barrio de cuarta categoría y pasaba las duras y las maduras para pagar la educación; cuando aquel oficial después de una vida de abnegación y de méritos, escasamente podía disponer de una casita de menor cuantía [...].⁸¹

Si esa era la situación de un general, ¿cuál sería la de un oficial de distinto rango? No es mucho el esfuerzo para imaginarlo.

El mismo Gil, refiriéndose a otros aspectos distintos al económico registra:

Llegamos en el campo militar a un estado en que sentíamos que nos había abandonado la fe. En todas las esferas militares que yo conocí, el ambiente de hipocresía era abrumador [...] de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba, de afuera hacia dentro y de dentro hacia fuera, la desconfianza y la hipocresía eran el mal reinante.⁸²

81 Gil Mojica, Diógenes, *¿Cuál guerra?*, pág. 185.

82 Gil Mojica, Diógenes, *¿Cuál guerra?*, pág. 175.

Oportuno es anotar que el coronel Diógenes Gil era un coronel con veinticinco años de carrera, primer puesto en su promoción, a quien sólo le faltaba el requisito de las malhadadas maniobras para su ascenso a general. Tiene malquerientes, pero también tuvo quien lo reconociera como un hombre honrado, trabajador y cumplidor de su deber. No era brillante, pero estaba muy lejos de ser un mediocre o un estúpido como algunos se han atrevido a insinuarlo.

Es cierto que Gil era un **inconforme nato**, de lo cual, como expresamos en otro lugar de este ensayo, hay claras muestras. Pero es necesario decir que su inconformidad no fue por un espíritu indisciplinado y anárquico. Nos atrevemos a pensar que, en muchas circunstancias en que puso de presente su inconformidad, tuvo razón.

Nos muestra sus sentimientos la siguiente idea que es de su autoría:

LA LEALTAD

La lealtad es reacción emocional, sentimental y no lógica; humanamente, ni el individuo ni la masa son aptos para esa reacción cuando el estímulo superior no proviene del bien, de la justicia y del derecho: la lealtad es un sentimiento bilateral, mutuo y recíproco inspirado de arriba hacia abajo y revertido libremente de abajo hacia arriba [...] La lealtad como el amor no es un sentimiento eterno ni constante. Es un sentimiento que se precisa crear y conservar [...] Parece que los únicos seres que se mantienen siempre leales a pesar de los latigazos que reciben, son los perros.⁸⁵

El Ministerio de Guerra era desde hacía varios años un fortín político, donde no se tenía idea de organización y manejo del elemento militar. Es conocido que en 1935 se intentó hacer una reestructuración del ministerio y del Ejército y se nombró por parte del ministro una comisión compuesta por dos ingenieros civiles para adelantarla.

Sobra decir que no se pensó en un general que los asesorara a sabiendas de que entonces el mando del Ejército dependía de ese ministerio y la reestructuración, como es lógico, incluía a esa institución.

Así se manejaban los asuntos militares por entonces y nadie decía nada ni se oponía ni se aprobaba, ni se hacían propuestas. ¿Sería por indiferencia, temor, ignorancia, pereza? Eran la disciplina y obediencia traumáticas y mal entendidas las que hicieron reconocible una falta de liderazgo y preocupación por los asuntos militares que se prolongó hasta cuando se presentaron los sucesos del 10 de julio de 1944. Por esos días, el Ejército

85 *Ibid.*, págs. 185 y ss.

¿Por qué el golpe?

La profesionalización de las Fuerzas Militares en cualquier país del mundo ha implicado su dignificación e institucionalización, lo cual significa un trato digno y respetuoso, una lealtad no sólo del subalterno hacia su superior y gobernante, sino en el sentido inverso.

En Colombia, los gobiernos y los políticos, después de la reforma militar y las misiones militares extranjeras, tuvieron a sus órdenes unas **fuerzas disciplinadas, ni liberales ni conservadoras**, por lo que perdieron su perverso interés en ellas y principiaron a darles un trato de gendarmería ignorante y viciosa al mejor estilo del siglo *xx*, que, como era de esperarse, generó descontento, desmoralización y un profundo resentimiento que hizo crisis el 10 de julio de 1944.

Ese acto de indisciplina no ocurrió por motivaciones políticas partidistas contra el gobierno liberal de Alfonso López Pumarejo, sino contra el gobierno en general y el sistema que **acusaban una profunda crisis moral y política**. El malestar e inconformidad eran generales y la oposición no era exclusivamente conservadora, pues en ella había también liberales hastiados de la politiquería y corrupción de la que se acusaba a la familia presidencial.

El ambiente hostil contra el Ejército

A tanto llegaría que el diario *El Tiempo* en su edición del 5 de Abril de 1943 dice, hablando nadie menos que del Ministro de Guerra: "Ramón Santodomingo, titular de esa cartera, tiene suma antipatía por este cuerpo armado militar (el Ejército) y trata de poner en ridículo a toda la oficialidad educada según las leyes de la honría y el honor".

Pero claro, la pobreza miserable en que mantenían las tropas no era exclusiva de esos días, pues tal estado de cosas venía de años atrás, toleradas por los comandantes sumisos que no disciplinados y, a veces, comprometidos políticamente, además de temerosos de perder favores, ascensos y puestos. Diógenes Gil anota:

Sometidos como lo estuvimos siempre y nadie lo desconoce, a una rutina de servicio arbitrario como negación misma de la libertad espiritual y técnica

Para hacernos a una idea más amplia del por qué de lo ocurrido, insistamos en conocer un poco más el pensamiento del jefe visible de los hechos:

Por qué causa se preguntará la ciudadanía consciente, por qué un oficial como el Coronel Gil, a quién inmerecidamente, desde luego, le hicieron múltiples elogios y se le asignaron las más delicadas funciones acompañadas de algunas felicitaciones de los presidentes Santos y López; por qué cuando este oficial no fue jamás un convidado de piedra en los negocios militares colombianos, durante treinta años; cuando apenas le faltaban cuatro o seis meses para ser ascendido al grado de General de la República según consta; por qué este Coronel que nunca fue declarado "loco" y antes bien, ocupó las cátedras de profesor en varias escuelas por más de seis años, este oficial, en compañía de un crecido número de oficiales distinguidos, entre ellos un general bien conocido y ex embajador en Chile; cuando no estaba sindicado de delito alguno; cuando según se dice, contaba con la amistad honorífica del mismo presidente López Pumarejo; cuando los oficiales que lo acompañaron bajo sus órdenes, eran un crecido número de militares salientes, disciplinados y honestos, ligados todos a su carrera profesional en condiciones normales y aún salientes; porqué causa se atreven en un país como Colombia, ajeno en mucho tiempo a las alboradas chafaroterías, se atreven a producir un golpe de cuartel el 10 de julio de 1944? ¿A qué se debió esto? ¿Intereses personales? ¿Política? ¿Afanos de hacerse ricos como ocurre hoy con algunos magnates de guante blanco? Tampoco. ¿Entonces? No se acepta fácilmente, usando la más elemental sindéresis, que este grupo saliente de oficiales servidores, hasta entonces muy capaces y entusiastas, pertenecientes por más cierto a los dos partidos políticos, si se quiere catalogarlos en este campo como suele suceder, perdiendo su libertad, su carrera y la tranquilidad de sus familias. ¿Cuál fue la razón? ¿Acaso existe gente intonsa que pueda pensar atrevida y temerariamente, la especie ridícula de que el Coronel Gil deseaba quitarle el puesto al presidente López o que lo nombrara Ministro de Guerra? ¿O pensar que el mismo oficial hubiera sido sobornado por todo un hombre como López Pumarejo para que le inventara un golpe de bolsillo que salvara al Presidente de los tropiezos de la política de entonces? ¡Mentecatos!⁹¹

Es claro e indudable y es válido repetir que en 1944 había una situación irregular, anómala e inocultable en el Ejército que se traducía en inconformidad, crítica abierta y generalizado descontento e indisciplina materializada por comentarios y reuniones no autorizadas y desconocidas por incapacidad de los mandos y falta de liderazgo.

90 Gil Mojica, Diógenes, *El 10 de julio de 1944*, pág. 206.

91 Gil Mojica, Diógenes, *El 10 de julio*, pág. 199.

que hubieron de padecerse y soportarse por el Gobierno, el Ejército y su impreparada oficialidad.

Fueron tantos los esfuerzos y los actos heroicos como los motivos de pena y vergüenza. Imposible no recordar que no existían planes, ni estratégicos ni tácticos y menos logísticos para situaciones como las que hubo ~~que enfrentar.~~

En el campo de los planes fue tan vergonzosa la cuestión que no hubo reato en pedirle al general Schuler, antiguo miembro de la misión suiza, que en atención a que conocía el país y el Ejército elaborara desde Europa un Plan de Guerra. Es de suponer la respuesta a semejante pretensión.

~~En el aspecto logístico, no existía ninguna previsión ni capacidad. Como gran solución se organizó a la carrera una empresa para abastecer de carne a las unidades que marcharon al sur. La dicha empresa principió a sacrificar reses y enviar de Bogotá carne salada en costales, la cual como es lógico llegaba descompuesta a Venecia donde, en lugar de embarcarla, tenían que enterrarla.~~

Esa experiencia no se borró de la mente de los oficiales, paradójicamente de los oficiales que fueron subalternos durante el conflicto y ahora eran mayores y tenientes coroneles. Ellos habían sufrido en carne propia la adversidad de la guerra en un medio hostil y sin recursos.

Esta situación es necesario que la tenga en cuenta quien pretenda saber el porqué del descontento que generó el golpe de Estado del 10 de julio.

Pero ello no es suficiente, es imprescindible recordar también el descontento de un alto porcentaje de la ciudadanía que quería que el estado de cosas reinante cambiara en el país y que como es lógico reconocían al Gobierno como único responsable.

Esa gente que, como hemos dicho, no se manifestaba así por ser de un partido o del otro, sino por hastío, cansancio e ira y permanentemente en la calle o en actos sociales en Bogotá y otras ciudades increpaba a los oficiales jóvenes preguntándoles cuándo iban a actuar para cambiar la situación.

En la obra *Documentos de la Embajada* se lee:

Apenas llegado el Embajador Lane comprobó que López no era muy popular entre los militares. Según informes recibidos por la Embajada a principios de 1943, el gobierno tuvo que impedir una renuncia masiva del alto mando en protesta contra sus planes de reorganización del Ejército que incluían la extensión del periodo de entrenamiento de los reclutas [...]

Después de algunas indagaciones, la embajada supo que las malas relaciones entre López y las fuerzas armadas provenían de su primer gobierno, cuando su primo Alberto Pumarejo fue designado ministro de Guerra y se granjeó serias antipatías entre la oficialidad.⁹⁵

El golpe del 10 de julio de 1944 fue mucho más lo que describe un periodista que se expresa de manera peyorativa al respecto diciendo:

El fracasado Golpe de Pasto no fue más que una simple disputa de unos godos pastusos con unos godos boyacenses.⁹⁶

Diógenes Gil en carta al presidente López el 19 de julio de 1944 se refiere al golpe así: "El acto de fuerza sucedido en Pasto y del cual todavía soy ó aparezco como su autor principal, no fue un hecho aislado, a mi entender, ni desconectado en el tiempo ni el espacio; no fue tarea de unos pocos, sino de muchos de los cuales una mínima parte está a la vista. Así lo sé y así los es."⁹⁷

El 10 de julio no ocurrió por acción política de ninguna naturaleza, no fue la oposición, no fueron los conservadores ni los liberales descontentos, fue el Ejército el que actuó, no en su totalidad, pero una parte significativa de él estaba enterada. Los únicos que al parecer no sabían nada eran los altos mandos.

El principal actor nos dice:

En la mínima parte que a mí me corresponde en los hechos del 10 de julio, yo no originé ni estimulé ninguno de mis actos buenos o malos, por acción de algún político que lo hubiera propuesto y que desde luego no lo hubiera aceptado.⁹⁸

Esto hay que creérselo, ya que las investigaciones no encontraron nada al respecto. Es claro que el golpe de Estado, su génesis y su desarrollo

95 Varela S, David Fernando, obra citada, págs. 180 y 182.

96 Alarcón Núñez, Óscar, *Los segundos de aborío*, pág. 190

97 Gil Mojica, Diógenes, *¿Cuál Guerra?* pág. 209

98 *ibíd.*, pág. 209.

haber sido formados durante la llamada hegemonía conservadora, no eran dignos de confianza y pretendían buscar un supuesto equilibrio apoyando política y presupuestalmente a la Policía con desmedro del Ejército, y buscando el retiro de los oficiales superiores por cualquier razón y estimulando la deslealtad de algunos contra otros. Esto generó un clima de descontento dentro del Ejército. Una prueba de esta afirmación la constituyó la traída de una misión contratada con el Cuerpo de Carabineros de Chile para impulsar la Policía en 1936. Vinieron un coronel, un capitán y un teniente.

El segundo gobierno de Alfonso López dio origen a diferentes desplantes para con el Ejército lo que, sumado a la incertidumbre política y social de la república, generó descontento con el gobernante y su actitud despótica con los militares.

El presidente López, con frecuencia, se expresaba con sorna y descomedimiento de los militares en público.

Una muestra son las siguientes frases refiriéndose a la situación política que había que clarificar si había en Colombia un sector mayoritario de opinión pública que respaldara el régimen y que estuviera en capacidad de impedir que la soldadesca le sirviera de instrumento a quienes vociferaban sobre supuestos peculados e irregularidades.¹⁰⁰

Hubo un hecho imposible de dejar de lado y fue el nombramiento por Decreto 2107 del 9 de noviembre de 1943 de un civil para hacer parte del Estado Mayor General como jefe de inteligencia. *GP*

Esto fue más que una osadía una falta de respeto con la institución militar, que no supo ser oportunamente impedida por el mando y trascendió como era lógico a todos los niveles institucionales aumentando el descontento contra el Gobierno y los mandos superiores.

El presidente López, aunque parezca increíble, refiriéndose a la situación del Ejército como él la interpretaba, manifestó que el golpe fue para conseguir la "emancipación espiritual y moral de las armas colombianas".

100 Gil Mojica, Diógenes, ob. cit., pág. 210.

voiviendo al plan propiamente dicho, no se ha encontrado un documento que pueda tenersele como tal. Existe un croquis y versiones y reconstrucciones como la siguiente:

1. Versión del Coronel Diógenes Gil Mojica dada en el consejo de guerra seguido al coronel Eurípides Márquez y en el careo sostenido con éste:

a) El Señor General Rafael E. Pizarro debía ser el comandante supremo del golpe, quien asumiría el mando el 10 de julio en la ciudad de Cali.

b) Los Coroneles Diógenes Gil y Eurípides Márquez serían los comandantes que le servirían al General Pizarro de base de acción con las Brigadas 7ª y 8ª [sic] que estaban bajo su mando.

c) El alzamiento se haría en la ciudad de Popayán por parte del coronel Márquez el día 9 de julio; luego avanzaría hacia Cali y allí apresaría al señor general Julio A. Gaitán Comandante de la BR 3, y después nombraría un Gobernador Militar; y

d) Una vez en Cali, el Coronel Márquez informaría lo ocurrido al Coronel Gil, quien respondería inmediatamente marchando de Pasto hacia Popayán y Cali para reunirse con el Coronel Márquez.¹⁰¹

Como dijimos, es la versión del autor del golpe. Esto está muy lejos de la formalidad de un plan. Analizando someramente lo descrito surgen muchas preguntas como las siguientes:

- ¿Qué pasaría en Bogotá con el Gobierno?
- ¿Qué harían los militares en el resto del país?
- ¿Por qué el coronel Márquez debía nombrar al llegar a Cali un gobernador militar si allí debía encontrarse el general Pizarro "como comandante supremo"?

Es importante dejar claro que el consejo de guerra no se interesó en aclarar estos aspectos de tanta importancia. Por su parte, el coronel Plas Olarte nos dice:

El plan para derrocar al gobierno del Presidente Alfonso López quedó acordado en Cali entre los coroneles Diógenes Gil y Eurípides Márquez y el teniente coronel Quintín Gustavo Gómez; Márquez comandante de la Octava Brigada debía iniciar un movimiento de tropas hacia Cali el día nueve de julio, apresaría al Comandante de la Tercera Brigada General Julio A. Gaitán y avanzar hacia Manizales; Gil, Comandante de la Séptima, se movería hacia el

101 *Ibid.*, pág. 216.

vida política de la Nación para transformar a fondo sus estructuras, cosa que no se podía lograr sino con un Golpe de Estado exclusivamente militar.

Se trataba en síntesis, de quitar de las manos de los civiles la conducción del país durante el tiempo necesario y suficiente para darle a la República una nueva fisonomía social, política, económica y moral, arrancando de raíz todo un pasado funesto.

Consecuentes con esa misión patriótica y aprovechando las maniobras militares que debían realizarse en julio del año siguiente de 1944, comenzaron a producirse a fines de 1943 las reuniones ya secretas entre los principales oficiales simpatizantes de tan sublime propósito.

Fue así como habiendo entrado en la conspiración los muy posibles comandantes de las Brigadas en la campaña cuyo simulacro debía realizarse al sur del país, Coroneles Diógenes Gil y Eurípides Márquez, se resolvió que el golpe se diera con ocasión de las mismas, es decir, en julio de 1944, pues tales Brigadas en guerra y con dotaciones completas, constituirían una fuerza imposible de detener por el Gobierno. Mientras tanto, se realizaría la labor de extender a la mayor parte de la oficialidad la toma de conciencia y adhesión a tan sagrada misión, demostrándole en todas las formas las poderosas razones que asistían para su intervención, como un deber patriótico.

A mí, que estaba trasladado a Bucaramanga, se me dio la misión de tomar contacto con el Coronel Julio Guarín Comandante de la V Brigada que cubría con sus guarniciones los dos Santanderes.

Daba la casualidad de que había entre los dos un estrecho vínculo de amistad iniciado por un noviazgo que en Pamplona había tenido yo en mis vacaciones con Ligia Vanegas Guarín, sobrina del Coronel.

Con estas favorables coyunturas y pleno de fervoroso idealismo, viajé a Bucaramanga. Estaba muy optimista porque personalmente había recibido instrucciones de los Coroneles Gil y Márquez y en charlas con mis viejos amigos, entre los que se destacaban el Teniente Coronel Alberto Gómez Arenas, Comandante de la caballería y el Mayor Alberto Lara, mis compañeros de andanzas donjuanescas con el Ballet Vienés del año 38.

En igual estado de ánimo estaban mis compañeros de la Artillería, especialmente el Capitán Luis E. Ordóñez quien catorce años después fuera General miembro de la Junta Militar que recibió el poder en 1957 de manos del General Gustavo Rojas Pinilla.

Qué ironías tiene la vida, adelante veremos por qué.

Llegado a Bucaramanga y bien recibido por el Coronel Guarín, inicié mi labor profesional como Comandante de Batería en el Grupo de Artillería Galán No. 5, comandado en ese momento por el Teniente Coronel Gonzalo Fajardo, uno de los oficiales más pérfidos que tenía el Ejército de Colombia. Así mismo estaba el Capitán Héctor Echeverría, mi paisano y discípulo que era un falso y un hipócrita. Esta circunstancia hacía más difícil mi labor de propaganda secreta

Para completar este propósito, tal colocación de las dos Brigadas en pie de guerra debería hacerse quitándole efectivos y dotación a las demás Brigadas existentes en el país como integrantes del Ejército Colombiano. Así, se debilitaron hasta el máximo las fuerzas que pudieran apoyar al Gobierno en el momento del golpe y serían anuladas fácilmente.

Una vez logrado este objetivo y ya las tropas en el teatro de maniobras, se realizarían éstas de acuerdo con el plan estratégico y táctico previsto, y una vez terminado el programa a desarrollar o sea el 19 de julio, se produciría el golpe con la proclama al pueblo colombiano y la orden de marcha de las tropas sobre Bogotá, en la cual había muchos oficiales comprometidos, entre otros el Comandante de la Caballería Teniente Coronel Alberto Gómez Arenas.

Este oficial gozaba de singular prestigio, no sólo dentro de su arma, la caballería, sino dentro de toda la oficialidad por su gran simpatía personal y capacidad profesional. Se pensaba que él con la caballería a su mando arrastraría fácilmente a la Infantería cuyo cuartel estaba al frente de aquélla en Usaquén, y en la que también oficiales simpatizantes del movimiento, entre otros el Capitán Francisco Palacios, también oficial de gran prestigio [sic]. Lo mismo ocurría en la Escuela de Artillería donde la mayoría era adicta al golpe de Estado, distinguiéndose por su entusiasmo el ya citado Capitán Luis E. Ordóñez [...]

En el camino de marcha hacia Bogotá desde Nariño, Cauca y Valle del Cauca donde operaban las dos Brigadas en campaña, sólo se presentaba una posición difícil que era el paso del Quindío cuya defensa estaría a cargo de la Guarnición de Ibagué, cuerpo muy débil para resistir el empuje de aquella fuerza y además su Comandante y principales oficiales estaban comprometidos en la conspiración.

Adelante se describirá la manera bizarra como actuaron parte de esos valientes, haciendo honor a su palabra y a su sentimiento de inmenso amor hacia la Patria, destacándose por sobre todos ellos el Capitán Luis Carlos Gaitán.

En las condiciones atrás descritas, no le quedaba al Gobierno más sólido apoyo que la 5ª Brigada, pues la primera con sede en Tunja estaba tan debilitada que no contaba prácticamente para nada importante en un posible enfrentamiento con los rebeldes.

De ahí la enorme importancia de mi misión que afortunadamente se desarrollaba con gran éxito con la oficialidad de Bucaramanga, la del Socorro con el Comandante Teniente Coronel Morales y con varios oficiales en las Guarniciones de Pamplona, Cúcuta y el Zulia, comandada esta última por el fervoroso revolucionario Mayor Luis Alejandro Castillo.

A todo lo anterior se agregaba la simpatía entusiasta de la aviación militar cuyos oficiales en su inmensa mayoría se declaraban fervorosos adictos al movimiento.

Con tan excelentes factores a favor, el Golpe de Estado por el Ejército tenía el 99% de probabilidades de triunfar.

Meses antes de iniciarse las maniobras de guerra en el Sur, el Coronel Guarín ordenó una serie de conferencias dadas por turnos en el Casino de Oficiales del Grupo Galán con tema libre para cada Oficial conferenciante.

[...] en el reparto de este mundo militar me tocaron a mí el trabajo, el optimismo, la fe y también la calumnia cercada y propalada por quienes pretendieron ir a la subversión con pólizas de seguro.¹⁰⁴

El mismo coronel Gil, en carta dirigida al presidente López, afirma:

[...] el acto de fuerza sucedido en Pasto y del cual todavía soy o aparezco como su autor principal, no fue un hecho aislado, a mi entender, ni desconectado en el tiempo, ni el espacio; no fue tarea de unos pocos, sino de muchos, de los cuales una mínima parte está a la vista. Así lo sé y así lo es.¹⁰⁵

Es un hecho demostrado que, en las indagatorias y declaraciones de los consejos de guerra que tuvieron conocimiento del plan en diferentes momentos y formas, participaron los siguientes oficiales de alto rango y subalternos:

- General Eduardo Bónnito (retirado)
- General Rafael E. Pizarro (director de Servicios)
- General Miguel J. Neira (secretario general del Ministerio de Guerra)
- Coronel Régulo Gaitán (director de la Escuela Militar)
- Coronel Alberto Gómez Arenas (comandante de la Caballería)
- Coronel Manuel Agudelo (comandante 2.ª Brigada)
- Mayor Luis Alejandro Castillo
- Mayor Alberto Lara y
- Capitán Luis E. Ordóñez

Un caso muy especial que no puede dejarse de lado fue el del entonces capitán Navas Pardo que

a instancias de sus compañeros de armas presuntamente 'rescataba' de manos del rebelde Diógenes Gil, al prisionero presidente Alfonso López Pumarejo [...] El capitán Navas había sido destacado a la guarnición de Pasto, al mando de una Compañía de Ingenieros Militares para apoyar la sublevación; empero cuando ésta ya comenzaba a deprimirse, se plegó con oportunismo al gobierno.¹⁰⁶

Agregamos nosotros, traicionando a sus compañeros de sublevación.

104 Gil Mojica, Diógenes, *¿Cuál guerra?* pág. 85.

105 Plazas Olarte, Guillermo, *El golpe militar del 10 de julio*, pág. 695.

106 Quintero, José Gregorio, *El golpe militar contra López*, págs. 70 y ss.

- Batallón de Infantería José María Fernández, integrado por personal llamado al servicio de la reserva.
- Comandante teniente coronel Luis Agudelo.
- Segundo comandante mayor José Figueroa Paz.

Octava Brigada (Norte)

- Puesto de Mando en Santander de Quilichao.
- Comandante, coronel **Eurípides Márquez**.
- Jefe de Estado Mayor, teniente coronel Ernesto Velosa Peña.

Sumando los efectivos podría hablarse de aproximadamente cinco mil hombres para las mencionadas maniobras.

Como hemos dicho, el plan, cuyos detalles finales fueron dados en Cali por Gil, Márquez y Gómez, cuando se hacían las coordinaciones finales para las maniobras, se puso en ejecución con imprevistos tales como:

1. El cambio de parecer a última hora y retractación del general Rafael E. Pizarro, quien cursó correspondencia en tal sentido a los coroneles Gil y Márquez.
2. La presencia del presidente López en Pasto, aspecto no contemplado, y que hizo cambiar lo establecido, se convirtió, en resumen, paradójicamente, en razón del descontrol del coronel Gil y fracaso del golpe.

A las 05:30 horas del lunes 10 de julio el presidente fue apresado en el Hotel Niza con su hijo y acompañantes, por el teniente coronel Luis Agudelo comandante del Batallón José María Hernández con la colaboración de varios oficiales tanto de su batallón como del Batallón Boyacá.

El cuartel de la División Nariño de la Policía fue tomado por el teniente Ernesto Jaramillo con una compañía del mismo Batallón Hernández.

El teniente Lizardo Pérez Chávez con la Compañía de Ametralladoras se tomó las instalaciones del Batallón Boyacá.

dolo a él y a su comitiva a abordar el avión presidencial para su regreso a Bogotá.

Así las cosas, la comitiva presidencial se encontró con el coronel Gil en cercanías de Yacuanquer. Éste, a partir del momento, se consideró perdido y derrotado. El presidente era conocedor de la situación militar con detalle: que las tropas de Pasto estaban aisladas por cuanto en Ipiales el coronel Miguel Silva Plazas con el Grupo Cabal era leal al Gobierno y en Popayán el coronel Eurípides Márquez había abandonado su posición y viajado a Bogotá dizque a conferenciar con el nuevo Gobierno.

Gil, en medio del desconcierto, decidió acercarse al presidente para pedirle de manera ingenua y absurda que lo nombrara ministro de Guerra por un mes. La respuesta era lógica y correspondía a la nueva situación del presidente derivada de la información que tenía del fracaso del golpe.

A Gil no le quedó más recurso que entregarse al presidente. Eran las 17:30 de la noche del 11 de julio de 1944.

¡El Sagrado Corazón había vuelto a salvar a Colombia!

La insurrección en Bucaramanga

En primer término, hay que decir que la unidad táctica, protagonista de los lamentables hechos, fue el Batallón de Artillería 5 Galán y no la unidad emblemática de Bucaramanga, el Batallón de Infantería Ricaurte por circunstancias que fueron las siguientes.

Con ocasión de la segunda guerra mundial, el Gobierno se vio comprometido con la seguridad del mar Caribe y debió atender el compromiso correspondiente en el golfo de Urabá, para lo cual desplazó a Turbo al Batallón Ricaurte en noviembre de 1941, reemplazándolo con el Batallón Galán que tenía como guarnición a la ciudad de Pamplona.

La estancia del Ricaurte en Urabá no fue exitosa, sus tropas enfermaron y la unidad fue declarada en receso a principios de 1942. Esto explica la existencia del Grupo 5 Galán en Bucaramanga cuando los acontecimientos del 10 julio de 1944.

Por esa fecha, la 5ª Brigada tenía en su cuartel general en Bucaramanga la siguiente organización:

levantamiento militar en el sur, al cual seguiría el de la V Brigada que se limitaría a lanzar un comunicado a la opinión pública adhiriendo al movimiento y procediendo enseguida a suspender a las autoridades civiles en su ejercicio y encomendando esa función a parte de sus efectivos con el coronel Guarín como jefe civil y militar a su cabeza.

Por eso y la tremenda falta de coordinación de los del sur, yo estaba durmiendo la siesta en mi pieza cuando llegó a despertarme mi ayudante el teniente Guillermo Cleves, quien presa de una tremenda agitación exclamó: "Mi capitán, mi capitán, apresaron al presidente López en Pasto, venga a oír la radio".

Yo me quedé atónito también, pues era un acontecimiento imprevisto, no programado para ese día en los planes del levantamiento, no correspondía a la fecha en que éste debía producirse, en fin, algo desconcertante a pesar de yo pertenecer en cuerpo y alma a la conspiración.

Me quedé perplejo unos instantes oyendo los comunicados de la radio que transmitía la noticia del apresamiento del presidente López y acto seguido, haciendo un esfuerzo supremo por dominar mi tremendo desconcierto, ordené a mi ayudante convocar a reunión de oficiales y regresé a mi pieza a terminar de vestirme. Era la una de la tarde del 10 de julio de 1944.

Mientras lo hacía, corrieron por mi mente en agitado tropel los pensamientos más inquietantes: se iba a decidir un nuevo destino para la patria. ¿Resultaría tan provechoso, tan conveniente y ventajoso como mil veces me había asegurado a mí mismo y a mis compañeros?

¿Estarían éstos, mis jefes y yo a la altura de las circunstancias y de las necesidades de la patria?

En caso negativo, ¿qué sería de ella, de mi familia, de mis amigos, de mis subalternos y de mis seres queridos?

Esos momentos de angustiosa duda me torturaron unos instantes, hasta que llegó de nuevo mi ayudante para informarme que los oficiales estaban reunidos en el salón principal del casino.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano dominé mi ansiedad, recordé mi deber, mis compromisos y mi gran ideal que estaba principiando a ponerse en juego y bajé a la reunión de oficiales.

Allí expuse sin ambages y con toda claridad lo que la inmensa mayoría de la oficialidad del Ejército con la colaboración de la Aviación, habían decidido en beneficio de la patria, es decir, el golpe de Estado. No entré en detalles que ya varios oficiales conocían ni a examinar el cambio en los planes con el inesperado apresamiento del presidente y la anticipación en nueve días del golpe, sino que después de enunciado, insté a todos los oficiales allí presentes a manifestar su decisión en pro o en contra, advirtiéndoles que los que se negaran a colaborar en la revolución serían respetados, pero arrestados en sus piezas hasta el desenlace y culminación de los acontecimientos.

Sin embargo, ante el terrible e inesperado problema, me crecí, me agiganté y después de reflexionar profundamente, resolví dividir mis tropas, dejando la mitad en el cuartel al mando del capitán Echeverría con orden de arrestar al coronel Fajardo tan pronto llegara, y con la otra mitad me dirigí al comando de la brigada encabezando la marcha en un jeep acompañado por el Capitán Agudelo y mi ayudante el Teniente Guillermo Cleves.

En el trayecto que me pareció larguísimo, mis meditaciones me llevaron a realizar un acto que, aunque muy noble, era temerario.

Resolví detener el convoy a un kilómetro de distancia de la brigada y adelantarme solo con mi ayudante para hablar con Guarín, tratar de convencerlo, de rectificar su inesperada decisión cumpliendo lo que solemnemente me había prometido y por mi intermedio a la revolución.

Si no lograba este objetivo, demostrarle que podía aplastarlo en un instante con mis tropas muy superiores en número y medios de combate a los pocos efectivos del comando de la brigada, y que, como éramos grandes amigos, sería yo quien lo arrestara y no otro subalterno, y con todas las consideraciones debidas a su rango.

Efectivamente, así lo hice, deteniendo el convoy a considerable distancia de la sede del comando de la brigada, encargué al teniente Clavijo del mando de las tropas, con orden de que, si no regresaba en media hora, las desplegara envolviendo toda la manzana donde quedaba el comando de la brigada y enviando en seguida un ultimátum al coronel Guarín requiriendo mi inmediata presencia. En caso de muerte mía ofrecer el mando al coronel Urrego jefe de Estado Mayor, aunque no estaba comprometido, informándole de lo fundamental sobre el golpe militar. Si no conseguía su adhesión, apresar lo mismo que al coronel Guarín y ofrecerle el mando al coronel Carlos García Bonilla que sí era simpatizante de la revolución y pertenecía al personal adjunto de la brigada.

Con estas precauciones me adelanté con mi ayudante y el capitán Angulo, entré a la residencia del comando, dejé a éste en el primer piso, subí al segundo piso y en el descanso de la escalera dejé a mi ayudante con orden de, pistola en mano, no dejara pasar absolutamente a nadie.

En seguida entré al despacho del coronel Guarín que estaba sentado en su escritorio. Con la natural nerviosidad, le expresé mi extrañeza por el inesperado cambio de criterio respecto a la revolución militar, le rogué reflexionar, le recordé sus solemnes compromisos y la dimensión del ideal que se perseguía. Que si no lograban estas súplicas y reflexiones hacerlo rectificar su última decisión, que yo su amigo, jefe circunstancial y temporal de las tropas, sería el que lo pusiera preso con todas las consideraciones y respeto.

El coronel Guarín, muy nervioso, parecía no oírme. De pronto, mirando hacia la puerta de entrada de la oficina la cual estaba precisamente a espaldas mías, dijo: Siga coronel Urrego; volví los ojos y cuerpo en esa dirección y al no ver a nadie, comprendí que se trataba de lo que en esgrima se llama una "finta", es decir, un engaño, una maniobra de distracción. Comprendiendo el

sumado a la rebelión de los cuerpos del sur contra el Gobierno y el Alto Mando le pide evitar inútil derramamiento de sangre, entregándole pacíficamente el poder civil y le concede dos horas de plazo para cumplir el requerimiento o rechazarlo, haciéndolo responsable de las consecuencias que una negativa pudiera producir a la ciudad, a sus habitantes, a sus subalternos y a él mismo".

Pero si el coronel Guarín me manifestó estar al lado del Gobierno, contesté: "Galvis Galvis".

"El coronel Guarín ha sido arrestado y reemplazado en el mando", contesté, y sin más explicaciones me retiré para incorporarme cuanto antes a mis tropas, sin darle tiempo a Galvis y a sus hombres a reaccionar contra mí y mi pequeña escolta, con la cual bajé por las escaleras los tres pisos repletos por todos lados de gente armada, que me miraba atónita y no se atrevía a pronunciar palabra y mucho menos agredirme.

Una vez con mis tropas, respiré con alivio de haber salido incólume de la boca del lobo.

Decisivamente, el factor sorpresa alcanza resultados increíbles y eso explica tantas hazañas que, en circunstancias normales, hubieran sido imposibles de realizar. La historia del mundo registra numerosos y sensacionales casos de esta índole.

Era el segundo acto temerario: el primero, con el coronel Guarín, inspirado por un nobilísimo gesto de consideración y aprecio por mi jefe y amigo, estuvo a punto de costarme la vida.

Claro que yo nunca me imaginé encontrar en Guarín esa reacción que no me dejó más alternativa que eliminarlo, exponiéndome a la vez a ser arrasado por las tropas de la brigada. Si esto no ocurrió, se debió al factor sorpresa ya anotado que paralizó todos los ánimos, el valor extraordinario de mi ayudante teniente Cleves que pistola en mano impidió el paso al segundo piso a todo el mundo y a la intervención del capitán García Bonilla que, como simpatizante de la conspiración, detuvo la posible reacción de las tropas de la brigada a la cual él pertenecía. Además, el rapidísimo movimiento de mis tropas que, al mando del teniente Clavijo, se hicieron presentes en el lugar de los acontecimientos al oír el ruido de los disparos e impidieron con su sola presencia cualquier reacción en contra.

De regreso al cuartel, encontré que el coronel Fajardo había regresado y había sido puesto preso por el capitán Echeverría de acuerdo con mis órdenes. Además, por conducto de éste, me solicitaba una entrevista amistosa.

Yo, que conocía el alma pérfida de Fajardo, no lo hubiera oído, porque no se podía confiar en él para nada.

Pero me vi en una situación muy difícil, pues no quedaba un oficial superior a quién confiarle el mando, pues Guarín había muerto y el coronel Urrego estaba en la enfermería con ataque de nervios (miedo o pavor mejor dicho).

nel Fajardo la traición más miserable en combinación con el gobernador y sus agentes, tramando primero mi asesinato mientras dormía y culminando en la atroz celada que se relatará enseguida.

Después de dar la orden mencionada al capitán Echavarría, arrancó el jeep hacia la Gobernación; yo iba feliz comentándole ahora sí al coronel Fajardo todos los detalles de cómo se había organizado el levantamiento, concentrando su centro de gravedad en las poderosas brigadas del sur, en una de las cuales había estallado el movimiento con nueve días de anticipación aprovechando la inesperada llegada del presidente López a Pasto.

Así, pues, descendí del jeep y entré tranquilamente acompañado por el coronel Fajardo y fui introducido cortésmente a lo que dizque era el despacho del gobernador. Allí en una antesala me recibió el Senador Pedro Alonso Jaimes quien amablemente me tendió la mano, y, al estrechármela, me la retuvo. Instantáneamente, no menos de diez civiles y policías me cayeron encima por detrás arrojándome al suelo inutilizándome y golpeándome hasta dejarme fuera de combate y semiinconsciente.¹⁰⁸

Es indispensable tener claridad de criterio para analizar y valorar los relatos de Quintero, toda vez que la razón de ser de su libro, más que interés histórico, tiene la necesidad personal imperiosa de justificar sus actuaciones. Hay que reconocer que, sin embargo, su versión coincide con otras de testigos y actores en la mayoría de los episodios.

Debemos anotar que apreciamos que su versión de haber comprometido en el movimiento al coronel Guarín no es verosímil, dadas la diferencias jerárquicas y la personalidad militar de Guarín. Recuérdese que Quintero era un subalterno del Batallón Galán y Guarín el comandante de la Quinta Brigada.

Con lo dicho, no queremos significar que el coronel estuviera inocente de la situación, pues hay hechos que ponen en duda esta posibilidad.

Téngase en cuenta que a su muerte fue condecorado por el Gobierno con la Cruz de Boyacá y ascendido a general por el Decreto 1637 del 11 de julio de 1944 como un héroe sacrificado en defensa de la democracia.

Recuérdese, además, que hubo una colecta pública liderada por el periódico *El Tiempo* para erigirle un monumento en Bogotá como reconocimiento nacional. El monumento se hizo y se ubicó en una glorieta que existía a la entrada de la Escuela Militar de Cadetes dando belleza y señorío a dicho lugar. Recordamos la solemnidad e imponencia que daba

108 Quintero, José Gregorio, obra citada, pág. 80 y ss.

creada por la segunda guerra mundial y la supuesta infiltración alemana, para atacar contra Panamá y en general contra la seguridad del continente, estaba al corriente del descontento social y político, así como el del estamento militar, que se evidenciaba en comités, juntas y asociaciones de aprendices de conspiradores.

Dichas pseudoorganizaciones se denominaban:

- Legión Córdor
- Legión Colombia
- Organización Nacional
- Acción Nacional Militar Católica

Cabe decir que no en todas esas juntas había participación militar como podría pensarse.

No olvidemos que las veleidades conspirativas, por épocas han sido un deporte nacional, lo cual ha despertado la afición por el espionaje empírico y desastroso muchas veces en sus aspiraciones y resultados.

Podría decirse que en épocas de crisis ha habido en cada ciudadano un conspirador o un espía en ciernes.

La inteligencia norteamericana y, eventualmente, la criolla descubrían en cada reunión de las juntas mencionadas un levantamiento contra el Gobierno y el consecuente golpe de Estado.

Tales reuniones casi siempre delatadas por algún soplón de los propios asistentes que jugaban a desempeñarse en las dos aficiones: la conspiración y el espionaje.

Lo que es evidente es que había razones para el descontento en los distintos estratos sociales y el Gobierno por su parte sufría el complejo de culpa por la corrupción, la politización y preferencias por la Policía en detrimento de las condiciones del Ejército nacional.

Lo cierto es que el embajador de los Estados Unidos era constantemente informado de planes de derrocamiento que dizque eran supuestamente alentados por el general Franco, Adolfo Hitler o Mussolini o, en su defecto, por Laureano Gómez.

Siguieron los aplazamientos, para marzo y, por último, para el 9 de julio, pero con la novedad de que los generales **Eduardo Bónnito** y **Rafael E. Pizarro** **habían sido excluidos, dizque por que tenían aspiraciones presidenciales.**

Para complementar el cuadro debe tenerse en cuenta que los asesores militares de la Embajada de los Estados Unidos habían apreciado y dicho que con un buen plan y dos mil hombres el Ejército estaba en capacidad de controlar a Bogotá y las principales ciudades del país.

Se insistía en el descontento dentro del Ejército por las anunciadas reducciones en el pie de fuerza y la consecuente baja de oficiales y suboficiales para aumentar los efectivos y dotaciones de la Policía.

La embajada, sin embargo, reportaba que el presidente López y el Gobierno estaban en capacidad de manejar con éxito la situación, dado que los mandos militares no se inclinaban a buscar una solución por medio de las armas, pese al arresto y **baja del general Eduardo Bónnito por acusaciones de conspiración que no fueron probadas.**

Así, en medio del malestar y desmoralización en el Ejército y especulaciones, chismes y mentiras, se llegó al 10 de julio de 1944.

Los aspectos generales del hecho los hemos visto y veremos en otras partes del trabajo.

Después de los sucesos del 10 de julio, el embajador hizo reportes fragmentarios como los siguientes:

1. El 19 de julio: que un militar había confirmado a la embajada que el 80% de los oficiales del Ejército había estado involucrado en el movimiento.
2. El mismo 19 de julio: angustiada por la situación, la primera dama se comunicó con el embajador el día 10 de julio para pedirle su protección, pues por un momento creyó que Echandía era el verdadero cabecilla del golpe.
3. El 4 de agosto: el único dirigente liberal que se abstuvo de expedir una declaración de respaldo al Gobierno fue Jorge Eliécer Gaitán.
4. El mismo 4 de agosto: uno de los oficiales más implicados, el coronel Manuel Agudelo, fue prontamente liberado y ni siquiera se le expulsó del Ejército; simplemente fue transferido a otra posición.¹¹⁰

110 Plazas Olarte, Guillermo, ob. cit., pág. 698.

Por la época se afirmó que el Gobierno dejó que el asunto siguiera su curso buscando una solución a la crítica y desastrosa situación política y a su creciente y profundo desprestigio.

Apoyándose también en los documentos del Departamento de Estado, en el libro *Documentos de la Embajada*, David Fernando Varela S. escribe:

De hecho algún tipo de plan de emergencia tenía que existir. Sin disminuir en nada el mérito de Echandía y Lleras Camargo en el manejo de la crisis, parece evidente que sus acciones seguían una estrategia bien madurada: la coordinación clave con el Consejo de Estado y la Corte se verificó en cuestión de minutos, los decretos fueron preparados y difundidos en muy breve plazo, algunas manifestaciones pudieron ser espontáneas pero también otras podían estar previstas. El manejo de la información fue impecable: solamente Radio Nacional transmitió los boletines oficiales; *El Siglo*, único periódico al que tener, fue suspendido de inmediato y los demás aceptaron sin problemas la censura. A las 10 y 30 de la mañana del día del golpe el Gobierno suspendió las comunicaciones telefónicas y cablegráficas de larga distancia a menos que fueran autorizadas directamente por Echandía, Lleras Camargo o el ministro de Comunicaciones. La rapidez de las medidas y lo incierto de la situación en Pasto llevaron a algunos a conjeturar si se trataba de una vuelta orientada por los antilopistas liberales.

Las fuentes de la embajada dentro del Ejército afirmaron que además de los incidentes de los dos últimos años, los militares tenían nuevos motivos para deshacerse de López, algunos relacionados con su política internacional a la que culpaban de ser poco agresiva pues había preferido declarar un estado de beligerancia contra las potencias del Eje en lugar del estado de guerra que les habría otorgado a los altos mandos los recursos y la posición que ambicionaban. En ningún momento se recibieron informes de participación de agentes alemanes en la conjura; el mismo Echandía reconoció que ni siquiera creía que el partido conservador estuviera detrás de la conspiración, aunque algunos periodistas hubieran simpatizado con ella.¹¹⁴

Aparte de lo anterior, no puede dejarse de lado el que eran de público conocimiento repetidas informaciones de descontento dentro del Ejército que indicaban sin lugar a dudas un desenlace como el del 10 de julio.

¿Por qué el Gobierno conociendo lo que ocurría no evitó los hechos? Podemos ensayar algunas respuestas:

- 1) El Gobierno y el presidente necesitaban superar la caótica situación política y calcularon que, ante el fracaso del golpe, saldrían robustecidos personal y políticamente.

114 Varela S. David, ob. cit., págs. 277 y ss.

Parece ser una realidad que más del 60% de los oficiales del Ejército conocía del proyecto, aunque en forma fragmentaria.

Del estudio y análisis de todo este suceso puede deducirse que hubo problema con la fecha del inicio de las operaciones previstas. Parece tener razón el capitán José Gregorio Quintero cuando afirma que la fecha establecida era el 19 de julio al final de las maniobras y en ningún caso el 10 de dicho mes. Esto podría explicar la falta de comunicaciones que a la postre fue la causa visible del fracaso.

En las guarniciones se enteraron al medio día del 10 de julio por noticias de radio.

La presencia del presidente en Pasto en esa fecha rompió todos los esquemas, pues fue algo improvisado. El coronel Gil creyó que deteniendo al presidente lo demás se daría por añadidura y este hecho se le convirtió en su gran dolor de cabeza. No estaba preparado para esta circunstancia. Los jefes y los subalternos le fallaron y el plan se deshizo. Principió a improvisar y dar órdenes equivocadas al tiempo que perdía su aplomo y dominio de la situación. Lo demás está dicho, es poco lo que puede agregarse. A no ser dejar en claro que el asesinato del coronel Julio Guarín Estrada, comandante de la 5.^a Brigada por el capitán José Gregorio Quintero, fue un hecho bárbaro e innecesario que influyó poderosamente por lo menos en Bucaramanga y en las Unidades Orgánicas de la Unidad Operativa como Socorro, Pamplona, Cúcuta y El Zulia, que estaban comprometidas en el golpe, para que se modificara la situación.

La circunstancia de que el capitán Quintero estuviera precisamente ese día encargado del Comando del Batallón Galán, su limitada experiencia en el mando, su temperamento exaltado, contribuyeron a los trágicos acontecimientos y al manejo equivocado de toda la situación tanto en Bucaramanga como en las otras guarniciones de la brigada. Él se vio al frente de la situación subversiva y, como es entendible, los comandantes de las unidades tácticas de grados superiores no aceptaron su dirección en los hechos y, además, se negaron a cumplir sus órdenes.

Es evidente que el manejo político y militar dado en Bogotá a la situación desmotivó y descontroló a quienes estaban comprometidos con el golpe, impidiendo su posible participación. Todo apunta a confirmar que el Gobierno tenía planes preconcebidos para superar el cuartelazo.

La segunda condición fue la falta de carisma de los altos conductores del movimiento. Desventuras anteriores mermaban considerablemente la fe en el éxito. 5000 hombres armados no pueden llevarse a una meta de consecuencias imprevistas sin un dominio completo de la voluntad de los subordinados lo cual exige un prestigio muy alto y definido. La carencia de ese don sólo puede llevar, como sucedió entonces al desconcierto y al tumulto.

La tercera cosa, la más influyente de todas, fue sin duda alguna la imperturbable serenidad del doctor López: su erguida y severa dignidad de presidente de la república que no abandonó un solo momento era impresionante. La menor muestra de debilidad, de timidez, de humanidad, de duda, hubiera sido fatal.¹¹⁶

El general José Jaime Rodríguez en la *Historia de las Fuerzas Militares* consignó sus conceptos de la siguiente manera:

En el orden de la doctrina militar, dicho movimiento sedicioso señaló equivocados planeamientos, conducción y control al no tomar en cuenta elementales principios castrenses de empleo de las tropas, ni medir las consecuencias implícitas en una acción puramente local, que exigía pleno apoyo para lograr resultados positivos. La elección del teatro de operaciones, por otra parte, no ofreció campos de operación para lograr la unidad de esfuerzo por parte de las distintas fuerzas, autoridades y población civil comprometidas, lo cual atribuyó a anular la posible conquista del objetivo político buscado, pese a los fines aparentemente reivindicatorios que parecían sustentar los móviles de semejante intento.

La desubicación geográfica del sitio elegido, por otra parte, sin tomar en cuenta su pleno dominio desde áreas contiguas, contribuyó a acentuar la vulnerabilidad a la que quedaban sometidas las tropas que actuaban como fuerza principal del movimiento subversivo, negándole toda posibilidad de acción de ser rodeadas por posibles fuerzas desplazadas para reducir las.

El factor psicológico, no tomado en cuenta para poder controlar y superar la capacidad de reacción militar y de las autoridades locales y población civil, contribuyó en igual forma a restar capacidad de acción frente a imponderables que anularon la moral combativa de las tropas rebeldes y su voluntad para actuar, al perder la fe en sus propios conductores.

La equivocada y ligera concepción sobre lo que implicaba un cambio de gobierno, para el cual todo resultó improvisado y carente de programas definidos, por último, contribuyó al fracaso total de una operación aislada, desarticulada y carente de apoyos y objetivos compartidos políticamente, como era de esperarse en una situación que planteaba nuevas formas de gobierno para las cuales el respaldo popular era indispensable con el fin de obtener los fines militares.¹¹⁷

116 Londoño y Londoño, Julio, General un 10 de julio... *El Tiempo*, julio 10 de 1976.

117 Rodríguez José Jaime, General, obra citada, pág. 397.

Mentira que no le hayan obedecido sus subalternos con excepción de Silva Plazas, cosa que no constituía problema serio porque en sus filas había mucho oficial comprometido con la revolución y al primer amago de ataque por parte de Gil, se le habrían plegado apresando a Silva Plazas.

Gil fue, sencillamente, una nulidad en ese acto del golpe militar del 10 de julio de 1944 que de un gran drama en la historia de Colombia, se convirtió en melodrama, en un final vergonzoso.

El otro acto de la triste comedia lo representó el coronel Eurípides Márquez, comandante de la otra brigada rebelde que operaba en la región del Cauca cerca de Popayán.

Este oficial, que figuraba como de lo mejor dentro de los que pertenecían al arma de Artillería, actuó en forma parecida a la de Gil: en lugar de tomar contacto con éste y conformar el plan de operaciones previamente convenido y comunicado al general Rafael Pizarro, jefe supremo de la revolución, tomó un avión para irse a Bogotá a conferenciar con el presidente encargado, doctor Dario Echandía, dizque con el propósito de llegar a un acuerdo para que éste entregara el poder sin derramamiento de sangre.

Mientras tanto, dejaba a sus tropas acantonadas en diferentes sitios, sin órdenes ni misiones por cumplir, sin saber qué hacer, prácticamente abandonadas a su propio criterio.

De por Dios, ¿en qué manos se había puesto la suerte de la revolución? Ante semejante absurda actitud del coronel Márquez, la oficialidad y las tropas de su poderosa brigada, fueron presa también del desconcierto y, como consecuencia fatal, se produjo otra desbandada sin tampoco disparar un tiro y muy similar a la que produjo en Pasto el comportamiento increíble del coronel Gil. Es decir, estos dos jefes fueron inferiorísimos a su misión, a sus compromisos, a su destino histórico.

Para completar el lastimoso cuadro de una revolución que nació muerta por la pusilanimidad de dos de sus principales jefes, no hubo quién se atreviera a tomar en sus manos la bandera arriada por ellos sin combate.

No se puede culpar al general Pizarro, porque el compromiso de él con Gil y Márquez se había limitado al aporte de sus luces y de su jefatura provisional, una vez puestas en marcha la dos brigadas con la solidez,

En otro momento, en uno de sus libros, escribió:

[...] en los tiempos en que nos tocó vivir, no pudimos soportar engañándonos a nosotros mismos y lo peor, engañando a una sociedad crédula que nos consideraba siempre como hombres altivos y honorables. Hicimos lo que pudimos hacer y lo hicimos mal porque el Ejército de Colombia, no nos preparó como insurgentes o revolucionarios, fuimos unos soldados modelados por largos años en la escuela implacable del deber militar, cumpliendo a medias en ambiente intencionalmente impropicio, con normas de selección humana que el país conoce en forma bastante y comprobada. Fuimos generosos y nobles en nuestro gesto de sacrificio tirando por la borda nuestras conquistas de largos años, y cuando caímos en el empeño, mantuvimos la cabeza levantada.¹²⁰

Consecuencias del golpe

Las consecuencias del golpe de Estado del 10 de julio de 1944 fueron fundamentalmente políticas y militares.

Políticas

Si bien el resultado inicial fue un espaldarazo al Gobierno, no es menos cierto que fue oxígeno para un moribundo. Con el acumulado de otros hechos bien conocidos por la opinión pública nacional condujeron al fin a la renuncia definitiva de Alfonso López Pumarejo a la Presidencia de la República.

El mismo presidente López en su mensaje al Congreso en 1944 expresó: "El 10 de julio ha servido a la nación colombiana para modificar sus conceptos, para destruir muchos prejuicios insensatos, para volverse previsor y responsable cuando era irreflexiva y anárquica, ha tenido la virtud de llamar la atención del país a la urgencia de prepararse para los grandes cambios institucionales, políticos y sociales".

Por otra parte, es un hecho que el mundo político recibió un mensaje claro y contundente de que la institución militar requiere y merece su atención, consideración y respeto en vez de malquerencia, vejaciones, desprecio y abandono.

Agreguemos que algunos analistas políticos dan al golpe militar del 10 de julio parte de la responsabilidad en la pérdida del poder del Partido Liberal en las elecciones presidenciales de 1946.

120 *Ibíd.*, pág. 97

Se dictaron importantes disposiciones como:

- La Ley 1ª de 1945 que organizó el servicio militar obligatorio.
- La Ley 2ª de 1945 que organizó la carrera de oficiales.
- La Ley 3ª de 1945 que dio vida al nuevo Código de Justicia Penal Militar.

Los consejos de guerra. Condenados y absueltos

El Gobierno Nacional, en concordancia con la legislación vigente y mediante disposiciones complementarias, dispuso que la Brigada de Institutos Militares asumiera la responsabilidad del juzgamiento de los militares y civiles comprometidos en el golpe de Estado. El comandante de la brigada era el coronel Germán Ocampo quien inicialmente asumió tal responsabilidad, **continuada por el general José Dolores Solano llamado al servicio para el efecto.**

Sesenta y cinco oficiales y veintiocho civiles fueron juzgados sumariamente en las Cortes marciales.

Para integrar los consejos y, principalmente, para presidirlos fueron llamados al servicio varios oficiales retirados.

En dichos consejos de guerra instalados el 20 de julio de 1944 fueron juzgados todos los comprometidos en los sucesos de Pasto, Ibagué y Bucaramanga. El 31 de octubre de 1944 el comando de la brigada envió al comando superior el informe de los juicios y veredictos de los veintidós consejos de guerra verbales según el siguiente detalle:

Oficiales condenados

1. **General Eduardo Bónitto, a veinte meses de prisión militar.**
2. Coronel Diógenes Gil, a diez años de reclusión militar.
3. Coronel Eurípides Márquez, a cinco años de reclusión militar.
4. Teniente coronel Luis E. Angulo, a ocho años de reclusión militar.
5. Teniente coronel Gonzalo Fajardo, a seis años de reclusión militar.
6. Teniente coronel Ernesto Velosa, a seis años de reclusión militar.
7. Teniente coronel Quintín Gustavo Gómez, a tres años y un mes de reclusión militar.
8. Teniente coronel Juan A. Sarmiento, a dos años de prisión militar.
9. Mayor José Figueroa Paz, a siete años de reclusión militar.
10. Mayor Julio Millán, a ocho años de reclusión militar.
11. Mayor José Guzmán, a cuatro años de reclusión militar.
12. Mayor Luis Alberto Lara, a dos años de reclusión militar.
13. Mayor José Martínez, a dos años de reclusión militar.
14. Mayor Luis Gómez Jurado, a dos años de prisión militar.
15. **Capitán José Gregorio Quintero, a veintitrés años de prisión militar.**
16. Capitán Juan López, a siete años de reclusión militar.
17. Capitán Olegario Camacho, a seis años y ocho meses de reclusión militar.
18. Capitán Flavio Vargas, a cuatro años y seis meses de reclusión militar.

Las sentencias fueron confirmadas todas en segunda instancia. Quien cumplió esta función fue el comandante de la brigada de Institutos Militares.

Los condenados fueron inicialmente asegurados todos en el Panóptico de Bogotá, hoy Museo Nacional.

El primero de junio de 1945 hubo una toma del penal por parte de los sentenciados encabezada por el **general Eduardo Bónitto**, para pedir **condiciones decentes de reclusión acordes con la jerarquía de los oficiales privados de la libertad**. El problema se solucionó después de varias horas de tensión y peligro de derramamiento de sangre para dominar a los amotinados. Es un hecho que los oficiales presos tenían el apoyo moral de gran parte de la sociedad bogotana y de amigos dentro del Ejército, aunque debe aclararse que en ningún momento hubo apoyo institucional al motín.

Para el Gobierno la situación de un alto número de oficiales en la cárcel constituía un serio motivo de preocupación, dadas las circunstancias de la política y el precario orden público.

Esto más que un sentimiento de generosidad hizo que el Congreso, por medio de una ley, autorizara al presidente para decretar un indulto y libertad condicional a la mayoría de los presos. Estos desarrollos correspondieron al presidente Alberto Lleras Camargo.

Pasados los años, en el Gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla fue concedida una amnistía y los condenados volvieron al uso pleno de sus derechos.

Preguntas por responder

Indudablemente, a estas alturas del presente trabajo y después del estudio y análisis de lo aquí consignado y de muchos documentos disponibles revisados, surgen varias inquietudes y preguntas como las siguientes, para las cuales no hemos encontrado respuesta aceptable:

1. ¿Por qué en 1943 y 1944 tuvieron lugar en Bogotá reuniones de oficiales venidos algunos de guarniciones diferentes de la capital, que congregaron en oportunidades hasta cien individuos descontentos, que clamaban y discutían la conveniencia de un golpe de

El hecho fue que todo terminó con su ascenso a mayor el 27 de febrero de 1933. En este grado, al finalizar el conflicto, fue enviado al sur como integrante del Destacamento del Amazonas a órdenes del general José Dolores Solano.

Dando un paso atrás, es necesario referir que, durante el conflicto, como comandante del puesto de Tarapacá, le correspondió ver morir de fiebre amarilla a treinta y dos soldados; todo motivado por la falta de recursos y las dificultades logísticas de la zona, la pobreza del Ejército y la hostilidad del medio ambiente.

Las circunstancias descritas influyeron poderosamente en su ánimo, deprimiendo su espíritu y creándole una dosis muy alta de inconformidad, la que se acrecentó ante la circunstancia de que, siendo el primer puesto de su promoción, no fue escogido para adelantar una comisión de estudios en Francia o en Chile como era costumbre en el Ejército. A este respecto, Gil expresó:

No pude ir ni a Chile ni a Francia por falta de apoyo que desaproveché en hora infortunada a pesar de mi primer puesto que me daba el derecho legal para ello [...].¹²³

Para una personalidad como la de Diógenes Gil, un tanto místico de la milicia y con rasgos de megalomanía, estos hechos y circunstancias adversos eran superiores a su reciedumbre de militar profesional, orgulloso y convencido de sus capacidades.

Debemos decir que, si bien Gil no era un oficial brillante, sí era un buen profesional, riguroso consigo mismo y con sus subalternos. Estaba muy lejos de ser un estúpido como lo calificó recientemente un oficial de alto rango en nuestra presencia con gran desprecio y grosería.

Desempeñó cargos como oficial de planta en la Escuela Superior de Guerra y Escuela Militar de Cadetes en condición de instructor y profesor.

En 1937 fue nombrado por el Gobierno como intendente naval y en 1938 todavía como teniente coronel desempeñó el cargo de director general de Marina.

123 Gil Mojica, Diógenes, ob. cit., págs. 103-107.

1. Los Ejércitos no aceptan sátrapas de levita ni dictadores, sino jefes.
2. En las armas pesan muy poco los prestigios heredados y los artificiales. La lealtad se crea y estimula con el poder de la verdad y del espíritu.
3. Los errores y titubeos de la dirección de un país se advierten en el futuro cuando ya el tiempo no permite su corrección.
4. Llegué a través de los más duros esfuerzos y privaciones al final de esta sencilla obra que nunca creí poder terminar, porque yo no nací para escribir sino para obrar.
5. Mi carrera militar, estimulada por un espíritu inquieto y optimista, me llevó a conocer a Colombia y su territorio de punta a punta; a vivir muchos de sus problemas concernientes; a sufrir con sus desventuras y a cantar con la más sana alegría con sus triunfos.
6. Las fuerzas de policía no necesitan coroneles ni generales cuya función es mandar y combatir. Lo que necesitan son comisarios y técnicos de investigación [...] El militar es un mal policía y el policía es peor soldado.
7. No podemos tener tortillas sin romper huevos.
8. La guerra es un hecho social superior a la voluntad de los hombres y como tal es imperativo reconocer su sino fatal, adivinar sus pasos, prevenirla, disuadirla o en últimas ganarla como alternativa final, si es que hoy se pueden ganar las guerras.
9. Sabemos que la paz no es una panacea milagrosa que nos llueve del cielo, sino el codiciado galardón que debemos conquistar todos los días con decisión varonil de lucha y de esfuerzo como pueblo, para la grandeza y la felicidad.
10. Mi cariño por las armas, impositivo y arrastrante nació y morirá conmigo.
11. En el infortunio de la cárcel escribí: "¡Y yo ahí! acorazado en mi conciencia valerosa y tranquila, admirando impasible los agravios innobles y acosado en ocasiones por los lobos implacables de la envidia, que parecen no descansar del acoso de un hombre que nada tienen que envidiarle como no sea su valerosa altivez frente al infortunio".
12. Yo fui un oficial corriente, honorable y profundamente sincero y esta última condición, que yo aprecio en alto grado y nadie me ha discutido jamás, es el único apoyo de autoridad que reclamo y reclamaré siempre.

Sin embargo, el día de los acontecimientos, su actitud dubitativa y extraña con respecto al control del Batallón Galán que estaba sin su comandante, pudo generar su sacrificio absurdo e innecesario.

Como capitán tuvo destacada actuación en el conflicto colombo-peruano. Tomó parte con distinción en el combate de Güepí el 26 de mayo de 1933.

Su muerte, dadas las heridas recibidas, era inevitable, pero los cuarenta minutos de su agonía, tendido en el suelo de su comando, mostraron un comportamiento bárbaro de sus subalternos al dejarlo abandonado a su suerte, pese a que se le dieron los auxilios espirituales y una precaria atención médica.

Su entierro semiclandestino en el patio de las instalaciones de la Brigada completó su sino trágico.

Consignamos a continuación algunos apartes de la diligencia de necropsia realizada por el doctor Aníbal Arias Phillips por considerarlos de fundamental importancia.

También me permito consignar aquí: 1º el tercer proyectil, según el orden establecido en la presente diligencia, lo recibió el agredido estando situado más bajo del agresor, tal vez ya en el suelo; 2º no hubo tatuajes ni productos de combustión de la pólvora; 3º no se encontró huella alguna de lesión patológica en ningún órgano; 4º de acuerdo con la constitución, profesión, caracteres étnicos, etc. del victimado, éste hubiera podido alcanzar la edad avanzada que en promedio vemos en nuestro país.

La anotación anterior significa que el coronel Guarín fue rematado en el suelo por su agresor y no murió de dos disparos como afirmó Quintero, sino de cuatro tiros.

Conclusiones, 1ª El General Guarín murió de muerte violenta; 2ª esta muerte fue producida con proyectiles de arma de fuego, particularmente el segundo de los nombrados, que ocasionó lesiones mortales en órganos esenciales para la vida, sobreviviendo a raíz de las mismas una hemorragia interna de un litro a un litro y medio extravasada en las cavidades; 3ª el proyectil de la primera herida descrita hubiera tal vez permitido una supervivencia de varias horas, y aun excepcionalmente, de quince o veinte horas, ya que se hubiera desencadenado fatalmente una peritonitis aguda de carácter esencialmente mortal, a despecho del tratamiento quirúrgico más científico y oportuno; 4ª la muerte del General Guarín hubo de ser más o menos rápida.¹²⁶

126 Gil Mojica, Diógenes, El 10 de julio, pág. 97.

¿Quién era el general Eduardo Bónnito Vega?

El general Eduardo Bónnito nació en Bogotá el 4 de octubre de 1890, estudió bachillerato en el Liceo de la Salle, ingresó a la Escuela Militar de Cadetes y egresó como subteniente de Artillería, siendo el primer puesto de la promoción en diciembre de 1910, estudió en la Escuela Militar de Saint Cyr de París y adelantó el curso de Estado Mayor en la Escuela Superior de Guerra de Santiago de Chile.

En 1932 fue nombrado director de la Escuela Militar de Cadetes. Fue comandante de las Brigadas III y V y de Institutos Militares. Era casado con una distinguida dama chilena, doña Esther de la Maza Pizopatron.

A la muerte de Enrique Olaya Herrera cuando se desempeñaba como embajador ante el Vaticano en 1935, fue nombrado embajador encargado. Era en ese momento el primer secretario en esa embajada.

Su preparación profesional y los cargos desempeñados con éxito nos lo muestran como un oficial distinguido en toda la extensión de la palabra, en quien la lealtad, las buenas maneras, la cultura y los conocimientos lo hacían sobresaliente como militar con especiales condiciones de líder.

En 1943, en el gobierno de Alfonso López y Ministerio de Guerra de Ramón Santodomingo, pariente del presidente y caracterizado enemigo de los militares, fue secretario general del Ministerio. Las relaciones con el ministro no sólo fueron desapacibles, sino traumáticas por el carácter del ministro y la persecución a los oficiales de alta graduación del Ejército y la complacencia y favoritismo por la Policía. En alguna oportunidad una discusión fue de especial virulencia cuando el ministro le exigió la presentación del proyecto de baja de 65 oficiales por consideraciones políticas.

La repetición de hechos parecidos al anterior llevaron al general Bónnito a pensar que se necesitaba una solución militar que pusiera fin al estado de cosas por las que atravesaba el país en relación con la politiquería, la corrupción y desmoralización generalizadas.

El mayor de Caballería Manuel Ferro Duque, quien se hizo famoso en el Ejército por delator, y razón por la cual recibió hasta reprimendas físicas, se enteró de lo que comentaba el general Bónnito en su condición de

El general Bónitto, quedó claro que en su condición de retirado no tuvo actuación ninguna en el planeamiento y ejecución de los hechos del 10 de julio, aparte de su solidaridad moral con el hecho.

Sin embargo, se aprovechó para involucrarlo judicialmente en los consejos de guerra y sin pruebas claras y más por suposiciones se le condenó a veinte meses de prisión.

Al general Eduardo Bónrro, pese a las circunstancias, no se le pudo quitar su distinción y prestancia.

En 1953, el Gobierno lo nombró embajador en Chile. Murió en Bogotá en 1969.

¿Quién era el capitán José Gregorio Quintero?

José Gregorio Quintero nació en Cácosta, Norte de Santander en 1912.

Los años de primaria los cursó en su pueblo, luego pasó al seminario y de éste fue al Colegio Provincial de Pamplona hasta el 5º año de bachillerato.

Ingresó a la Escuela Militar a los 17 años en enero de 1929, para cuatro años más tarde graduarse como subteniente el 9 de octubre de 1932, un mes antes de lo previsto por el conflicto con el Perú.

Fueron compañeros de promoción los más tarde generales Luis E. Ordóñez Castillo y Rafael Navas Pardo. Fue la época de la Misión Militar Alemana dirigida por el coronel Hans von Schuller.

En un gesto autobiográfico, Quintero, refiriéndose a la entrega que hizo Colombia al Perú del territorio cedido a nuestro país por el Ecuador en el llamado Triángulo de Sucumbios, escribió:

Este caso vergonzoso fue el primer impacto que llegó al alma de Quintero, iniciándose así la gestación de su vida, inconforme primero y francamente revolucionario después, contra el funesto sistema político colombiano, llámese liberal o conservador, pues en el fondo son idénticos.¹²⁸

128 Quintero, José Gregorio, ob. cit., pág. 70.

En las filas de todo el ejército colombiano, la decepción, la vergüenza y el dolor fueron muy grandes.

Desde ese momento comenzó a incubarse en mi alma la repugnancia por los políticos, mi rebeldía y mi ferviente anhelo por que algún día las Fuerzas Armadas pusieran punto final a esta vergonzosa era y transformaran de raíz la vida política colombiana, dándole a la patria otra orientación y una nueva fisonomía a su destino.¹²⁹

Esto, más los sentimientos acumulados por la escandalosa y vergonzosa pérdida de Panamá un poco más lejana pero no menos dolorosa, fueron creando al irreprimible inconforme.

Como si algo faltara llegó el segundo gobierno de Alfonso López con su carga de corrupción, politiquería y menosprecio del Ejército como institución.

Al respecto dice José Gregorio Quintero en su libro:

La no disimulada antipatía del presidente López por el Ejército que, además de sentirse injustamente tratado, era alérgico a la anarquía y al manzanillismo y le repugnaba esa ola de inmoralidad increíble, volvió a sembrar la inquietud y el descontento en sus filas.

[...] había una equivocada tradición en el alma militar: la de confundir el amor a la patria con la fidelidad a sus gobiernos así fueran estos pésimos y perjudiciales para la suerte de aquélla.¹³⁰

Este es el capitán que llega al 10 de julio de 1944 siendo oficial de planta del Batallón Galán con guarnición en Bucaramanga y tiene la actuación ya conocida en los lamentables hechos antes esbozados.

Quienes lo conocieron lo describen de carácter cambiante y poco reflexivo, en oportunidades violento.

Es claro que tenía características de líder. Los sucesos del Batallón Galán en Bucaramanga ocurrieron porque no cabe duda de que su ascendiente sobre el personal del batallón era tal que el mismo comandante cayó en sus garras.

129 *Ibid.*, pág. 33 y ss.

130 *Ibid.*, pág. 64.

Realizó muchos trabajos con éxito económico y social en Quito.

En 1953 se le concedió pasaporte para regresar a Colombia. Viajó a Nueva York y estando en esa ciudad ocurrió el ascenso al poder del general Rojas. El nuevo gobierno autorizó su regreso al país. Planeó su llegada para el 10 de julio de 1953.

El Gobierno lo indultó y posteriormente lo amnistió.

El presidente dispuso su reintegro al Ejército, pero esta decisión se frustró por inconformidad de algunos jefes.

En septiembre de 1977 publicó como memorias el libro *El golpe militar contra López*.

Se radicó en Cali hasta el final de sus días.

LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

El ejército colombiano en la guerra de Corea

El 25 de junio de 1950 el ejército de Corea del Norte invadió arrolladoramente a Corea del Sur creando una difícil situación política mundial que obligó a las Naciones Unidas a condenar el atropello que originaba adicionales tensiones a la guerra fría y dar los pasos pertinentes para pedir la colaboración necesaria a los países signatarios de la organización para responder militarmente a la agresión.

El general Douglas MacArthur, comandante de las Fuerzas estadounidenses en el Lejano Oriente ubicadas en el Japón, fue nombrado comandante de las fuerzas enviadas para la defensa de Corea. Estas unidades tuvieron como base las instalaciones y apoyos del 8º ejército de ese país.

El gobierno de Colombia, una vez recibida la solicitud de ayuda militar de la ONU, ofreció colaborar con un batallón de Infantería y una unidad naval. El ofrecimiento fue aceptado y en forma inmediata el Gobierno por medio del Decreto 3927 de diciembre de 1950 creó el Batallón de Infantería 1 Colombia para hacer parte del Ejército de la ONU en Corea y destinó con el mismo propósito la fragata *Almirante Padilla* de la Armada Nacional.

La fragata salió para su entrenamiento inicial en los Estados Unidos el 1º de noviembre de 1950 y el Batallón Colombia partió de Buenaventura con

Esa influencia se materializó en el entrenamiento de las tropas y en la formación e instrucción de los Estados Mayores, y en tal virtud, afectó de manera profunda a la Escuela Militar de Cadetes y a la Escuela Superior de Guerra. Si no estuviéramos en el medio militar, podríamos hablar de una verdadera revolución. Para nuestro caso, hablamos de influencias, doctrinas, procedimientos, costumbres y nuevas formas de entender la milicia y hacer la guerra.

Dentro de estos criterios, es destacable una enseñanza aprendida por todos los mandos participantes en la guerra, expresada por el general Alberto Ruiz Novoa en su obra *Enseñanzas militares de la campaña de Corea*, de aplicación universal que dice: "No hay posición intomable para un atacante que está dispuesto a pagar su precio".

Como es natural, para que esto tuviera cumplimiento en la teoría y en la práctica y por sobre todo en el entrenamiento de combate, se contó con ese material humano de selección que fueron los veteranos de Corea, hombres capaces, diligentes y permeables a las nuevas doctrinas que fueron llevados a las plantas de oficiales de la Escuela Militar y la Escuela Superior de Guerra, y que, sin poner en peligro el alma sobre la cual descansaba la institución militar colombiana, pusieron las bases del Ejército de Colombia de hoy, enfrentado con éxito a muy graves y grandes desafíos.

La violencia política

Con esta denominación se ha pretendido bautizar las manifestaciones violentas en Colombia después del 9 de abril de 1948 y hasta el inicio de la aparición de los grupos guerrilleros en los años sesenta, lo cual, si nos atenemos a la realidad, no es exacto por varias razones, dentro de las cuales podemos mencionar, a manera de ejemplo, las siguientes:

Es una realidad que las guerras civiles del siglo XIX y parte del XX tuvieron ocurrencia como expresiones claras de violencia política por la incorregible costumbre de los partidos tradicionales, el Liberal y el Conservador, de considerar cada vez que por las razones propias del avatar político perdían las elecciones y, en consecuencia, el ejercicio del poder, lo que era motivo de insurrección, alzamientos y pronunciamientos. Casi siempre en forma inmediata se iniciaba el alzamiento generado y dirigido por los jefes de la colectividad perdedora. El presidente electo, muchas veces un general, que en uso de facultades constitucionales dirigía

Los partidos recíprocamente se acusaban de persecución y matanzas, que indudablemente eran ciertas por cuanto se ejercitaba la ley del Talión. Veamos ejemplos:

"Se desató la persecución de los liberales triunfantes contra los conservadores vencidos, especialmente en los departamentos de Boyacá y Santander", afirmaba Roberto Urdaneta Arbelaez a propósito del fin de los gobiernos conservadores en 1930.

La represión oficial se hizo de forma demasiado severa debido a que el gobierno empleó la fuerza no sólo para recobrar el orden público, sino también para acabar con las bases sociales que tenía el liberalismo. Entre los liberales, quienes no perecieron en la represión, huyeron a la vecina Venezuela o se organizaron en forma de guerrillas. Se afirmó con respecto a la justificación de la violencia del Llano en los años cincuenta.¹³³

En el medio, como emparedado, estuvo el Ejército, siempre acusado de liberal o conservador, de acuerdo con las conveniencias y, de quien con respecto a su actuación en los años treinta, dijo el general Ricardo Bayona Posada, actor en los acontecimientos:

La Escuela Militar de Cadetes, fundada en 1907 en buena hora por el general Rafael Reyes, acababa de cumplir en 1932 sus bodas de plata. Esto significaba que de sus aulas habían salido 25 promociones de oficiales. Los salidos los primeros años de fundada ya tenían 20 años de servicio y altos grados militares; luego, tranquila y automáticamente, habían desplazado a los oficiales cuyos grados los habían adquirido luchando por un partido. Eso demuestra, sin lugar a dudas, que la casi totalidad de los oficiales era apolítica. El aspirante a oficial entraba a la Escuela más o menos a los 16 años, es decir cuando no pertenecía a ningún partido; en la Escuela solo recibía enseñanzas sobre la Patria, salía de ella alrededor de los 21 años y como sus compañeros tenían la misma formación militar, poco o nada le importaba la política.¹³⁴

Por otra parte, dejemos claro que la llamada "violencia política" no tuvo su inicio con los acontecimientos del 9 de abril de 1948 como muchos con intenciones poco claras lo escriben y predicán. Si esto fuera cierto, ¿por qué el líder liberal Jorge Eliécer Gaitán organizó, lideró y triunfó en su empeño, al realizar en Bogotá la llamada "Marcha del Silencio", como nunca se había visto en la capital, el día 7 de febrero de 1948, durante la cual pronunció un memorable discurso que se llamó "Oración por la Paz"?

133 *Ibid.*, pág. 42.

134 Bayona Posada Ricardo, *Recuerdos de un ochentón*, citado por Patricia Pinzón de Lewin, págs. 98 y 99.

Esta era la violencia política que, como se deduce de la afirmación anterior, no sólo era política, sino causada por infinidad de factores que ameritarían un estudio cada uno de ellos, pero que excluyen la facilista simplificación a que se han acostumbrado muchos escritores.

Estos hechos, sumados a las elecciones en que fue electo presidente Laureano Gómez, marcaron el principio del accionar de la llamada "guerrilla liberal" que tuvo su epicentro en los Llanos Orientales, Huila, Tolima y Santanderes principalmente.

El país quedó inmerso, ahora sí de verdad, en una ola turbulenta de masacres, depredaciones y crímenes. La sangre ahogaba los poblados y campos.

El presidente electo, por enfermedad, debió encargar del Ejecutivo al primer designado Roberto Urdaneta Arbeláez, quien, pese a todos los esfuerzos, no logró modificar el grave estado de la situación de orden público por la que atravesaba la nación.

El gobierno militar del general Gustavo Rojas Pinilla

Por intrigas políticas, el doctor Laureano Gómez, quien ejercía gran influencia sobre el presidente en ejercicio, le ordenó a éste retirar del servicio activo al general Gustavo Rojas Pinilla, jefe del Estado Mayor, cargo equivalente al del actual comandante de las Fuerzas Militares.

Como el doctor Roberto Urdaneta no estuvo de acuerdo con esta orden, invitó al doctor Gómez a reasumir la Presidencia. En efecto, de inmediato se presentó en el Palacio Presidencial y asumió sus funciones como presidente de Colombia y citó, ese 13 de junio de 1953, a los ministros a un consejo de Gobierno. Dispuso le presentaran el decreto de retiro del General Rojas, el cual como es de ley llevaba, a más de la firma del presidente, la del ministro de Guerra del momento, doctor Lucio Pabón Núñez quien se negó a firmar el documento. Indispuesto el presidente nombró al doctor Jorge Leyva, quien era el ministro de Obras Públicas, como ministro de Guerra encargado para que firmara la destitución.

Una vez cumplido el objetivo, el presidente Gómez se ausentó del Palacio Presidencial, sin conocerse el lugar a donde se dirigió.

regiones que se encontraban en armas, concediendo una amplia amnistía, y llevó adelante importantes obras públicas, entre las que se encuentra como una de las más significativas, la construcción del aeropuerto Eldorado, de Bogotá. Otra medida de especial trascendencia fue la incorporación del archipiélago de San Andrés y Providencia a la actividad nacional. Esta importante posesión nacional había sido completamente abandonada durante años hasta que Rojas Pinilla la reactivó, tanto política como económicamente. Se construyó el aeropuerto que hoy lleva su nombre y el archipiélago se convirtió en un atractivo económico y turístico [...]

Los militares que compartimos el gobierno del General Rojas sabemos y los miembros actuales de las Fuerzas Militares deben saber, que el General Gustavo Rojas Pinilla fue un gobernante ejemplar, que asumió el poder en que se convirtió en la única solución para el caos en que se encontraba el país y que tanto Colombia como sus Fuerzas Militares deben sentirse orgullosas de su memoria.¹³⁶

Desafortunadamente, cumplida la excelente tarea pacificadora, quedaron reductos de insurrectos especialmente en el Tolima, politizados por comunistas que dieron origen a las fatídicas Fuerzas Revolucionarias de Colombia (FARC) y, por ende, a la más oscura época de violencia en Colombia.

La caída del gobierno militar del general Rojas Pinilla. Junta Militar de Gobierno

Los partidos políticos por diferentes motivaciones crearon una situación insostenible para el general Rojas como jefe del Gobierno que lo llevaron a dimitir y dejar encargada de éste a una Junta Militar que inició funciones el 10 de mayo de 1957, pese al apoyo irrestricto de las Fuerzas Militares.

El mensaje al pueblo colombiano en que el general Gustavo Rojas Pinilla renuncia a la Presidencia de la República y nombra la Junta Militar es el siguiente:

El binomio pueblo-Fuerzas Armadas, que no autoriza depredaciones ni violencia en nombre de ningún partido político, se hubiera visto obligado a defender el orden y la legalidad haciendo uso de las armas con inútil derramamiento de sangre, contrariando los postulados de paz, justicia y libertad que ha defendido sin vacilación desde el 13 de junio. Y porque sería un contrasentido que quien le dio la paz a la Nación y buscó la convivencia ciudadana fuera el causante de nuevas y dolorosas tragedias, he resuelto

136 Ruiz Novoa, Alberto, "Teniente General Gustavo Rojas Pinilla", en *Periódico Acoraz*, junio de 2008.

Según el mismo periódico, Otto Morales Benítez refiriéndose al Frente Nacional expresó:

El balance es favorable. Se lograron dos objetivos: que volviera a regir la Constitución que estaba abolida por el gobierno de Gustavo Rojas y que, además se llegara a la paz. Las críticas son lamentables y provienen de los enemigos del Frente Nacional, que aún están vivos.¹³⁸

La mayor crítica que se hace es indudablemente que no se tuvo en cuenta la oposición y ésta no encontró otro recurso que la vía de las armas, lo que dio el verdadero origen a la aparición de la guerra subversiva.

En este sentido, se expresa el periódico citado cuando en la celebración del cincuentenario de la posesión de Alberto Lleras como presidente de los colombianos en su editorial el 7 de agosto de 2008 manifiesta:

En esos años, amplios sectores de América Latina estaban seducidos por las promesas de la revolución cubana, y en Colombia muchos grupos estudiantiles y sindicales fueron atraídos por el radicalismo de izquierda. El Frente Nacional, que se había formado para acabar con la violencia entre los partidos, acabó incubando una nueva forma de violencia: al negar los derechos políticos a quienes buscaban fuera de la tradición liberal y conservadora otras formas de organización política, al impedir que comunistas o socialistas pudieran ser elegidos o nombrados para cargos públicos, dio argumentos a quienes comenzaban a promover la lucha armada como camino para transformar la sociedad.

El Frente Nacional, que había empezado como un pacto de paz en una Colombia desgarrada, se fue convirtiendo poco a poco, en los gobiernos siguientes, en un mecanismo que promovía la distribución de beneficios entre los miembros de los partidos tradicionales, que perdieron la iniciativa ideológica y se convirtieron más y más en aparatos clientelistas. El país pareció perder muchas veces el rumbo, entre la tentación de la violencia y el auge de la corrupción, entre la lucha armada y el voto entregado a cambio de una dádiva corrupta.

Otto Morales haciendo énfasis en que es una falacia que el Frente Nacional no dio espacios a la oposición expresó enfáticamente ante una pregunta de un reportaje:

Se cumplen 50 años del fin de la dictadura militar de Rojas Pinilla y el plebiscito que dio origen al Frente Nacional. ¿Qué reflexiones le suscita esta fecha?

El plebiscito de diciembre del 57 fue trascendental: eliminó la violencia, logró la paz, que luego se perdió por otros motivos, devolvió el régimen democrá-

138 Morales Benítez, Otto, "El Frente Nacional...", en *El Tiempo*, 10 de agosto de 2008.

Batallón Guardia Presidencial, cuando era conducido en pijama a una guarnición militar del sur de la ciudad, generó el desconcierto y descontrol de los golpistas haciendo fracasar el plan.

Lo dicho no significa que no se vivieran varias horas de incertidumbre en Bogotá y en el resto del país durante el día 2 de mayo. En principio, no estaba claro quiénes y qué unidades respaldaban al Gobierno y quiénes estaban a favor de los golpistas.

Recordamos con nitidez, como alumnos de la Escuela Militar de Cadetes en nuestra condición de alféreces, que en la mañana de ese día los aviones de la Fuerza Aérea volaron varias veces por sobre las instalaciones del instituto de manera no muy clara ni justificada. Todos los alumnos estábamos en acuartelamiento de primer grado desde la madrugada.

Más tarde se supo que dichos vuelos habían sido ordenados cuando aún la situación no estaba definida en forma completa, para intimidar a aquellas unidades que pudieran estar comprometidas en el intento de golpe. Debemos anotar que nunca se supo con certeza qué comandantes de unidades en Bogotá y otras ciudades, diferentes a la Policía Militar, pudieron estar comprometidos en el movimiento. Es de suponer por indicios que estuvieron en boca de militares y civiles bien informados, que como ocurre en circunstancias de esta naturaleza, que algunos comandantes simpatizantes esperaron el progreso de los acontecimientos para hacer parte del plan sumándose no sólo de palabra, sino de hecho de acuerdo con la conveniencia marcada por el éxito o fracaso del plan en desarrollo. Algo así había sucedido cuando el golpe de Estado del 10 de julio de 1944.

Afortunadamente, la situación se resolvió con el asilo del teniente coronel Forero Gómez con la mayoría de sus subalternos en las embajadas.

Consideramos útil y oportuno hacer un pequeño análisis de estos hechos en aras de la claridad y verdad histórica.

Forero Gómez asumió por completo y en forma personal la responsabilidad de todo lo ocurrido y nunca inculpó ni comprometió en los hechos a superiores ni subalternos.

Es improbable que, como se dijo y se ha escrito, que su aspiración era derrocar la Junta Militar para reemplazarla por otra integrada por él y dos coroneles más, los cuales nunca fueron identificados de manera cierta y real.

El primero de ellos, con el decidido concurso de esas mismas Fuerzas se cumplieron las elecciones el día 4 de mayo sin interferencias, en las que fue electo como presidente de Colombia el doctor Alberto Lleras Camargo.

Debe recordarse que ese 2 de mayo fue el viernes anterior a las elecciones previstas para el domingo siguiente buscando volver al país a la normalidad política y democrática. El que ese evento hubiera podido realizarse sin problemas después de semejante acontecimiento que afectó no sólo al elemento militar, sino a la política, en ascuas por esos días, y a la sociedad en general a lo largo y ancho del país, demuestra que había una autoridad solidamente cimentada en todo el territorio nacional y unas Fuerzas Armadas, pese a lo ocurrido, bien organizadas y al mando de sus jefes institucionales.

La conferencia del Teatro Patria

Fue este un acontecimiento de la mayor importancia en los asuntos relacionados con las Fuerzas Militares, la política, los partidos, el Estado y en resumen Colombia. Nunca antes ningún estadista o gobernante había trazado los linderos y responsabilidades como en esta oportunidad lo hizo el presidente electo de los colombianos el 9 de mayo de 1958.

Por lo anterior hemos decidido tratar a espacio lo ocurrido en tan importante momento que trazó un hito en la historia de Colombia y de las Fuerzas Militares.

Alberto Lleras como estadista que era en toda la extensión e importancia del vocablo, conocía la esencia de las Fuerzas Militares, su sentir, sus necesidades y problemas, así como sus responsabilidades y valor para la existencia de la república.

Para ejercer su dirección y mando constitucionales no necesitó hacer demostraciones destempladas de autoridad, ni menos atropellar a nadie para pretender sentar precedentes innecesarios ante civiles y militares. Su capacidad de mando era innata. Su personalidad infundía consideración y respeto, que jamás nadie intentó siquiera poner en duda. Poseía en grado máximo lo que los militares denominamos "donde mando". Mando que ejerció asumiendo las responsabilidades políticas de sus decisiones. Nunca tuvo que buscar responsables distintos a él para asumirlas, pues manejaba la política como su máximo compromiso para con el país y los colombianos, actuando dentro de la ley sin estridencias. Obtuvo sin

lo que hablaba. Hoy sigue teniendo validez en el ochenta por ciento o más, como instrumento de enseñanza para políticos, militares y ciudadanos. Es una lástima que muchos se refieren a él sin conocerlo, o sabiendo de él a penas de oídas, y muchos sin haberlo leído.

Es indispensable insistir en que cuando este suceso tuvo ocurrencia era el primer presidente electo del Frente Nacional, toda vez que las elecciones correspondientes tuvieron lugar el 4 de mayo de 1958, con el objetivo fundamental de dar término a la participación de militares en asuntos de política y gobierno, lo cual creaba por lo menos gran expectativa en los integrantes de las Fuerzas Militares.

El ex ministro de Defensa Rafael Pardo en reciente escrito se refiere a esta circunstancia en los siguientes términos: "El 23 de mayo de 1958, Lleras, recién electo, llegó a este teatro solo, conduciendo su propio automóvil y entró a un auditorio atiborrado de oficiales militares que esperaban con ansiedad el discurso del presidente que había sido electo en reemplazo del Gobierno Militar, que detentaba el poder absoluto desde 1953.

Lo delicado del momento estaba en que Lleras debía definir allí su relación, como presidente-civil, con los militares. Rojas Pinilla había bautizado a su régimen como el "gobierno de las Fuerzas Armadas" y, por tanto, el gobierno civil, presidido por quien había encabezado el Frente Civil, coalición política que derrocó a Rojas, tenía que manejar con guante de seda esta relación.

Semanas atrás nada más, se había producido una intentona golpista de parte del Batallón de Policía Militar de Bogotá, que había tomado presos a cuatro de los cinco integrantes de la Junta Militar que ejercía el gobierno de transición en su retorno a la democracia. Sectores militares estaban descontentos por la pérdida del poder.¹⁴¹

El doctor Lleras aborda el tema con la siguiente introducción:

Esta entrevista entre ustedes y yo, para mi gratísima, tiene una importancia muy grande para Colombia. Este acto es histórico, aunque sea como yo lo quiero y lo he pedido a los jefes militares, privado. Y es histórico no porque ustedes y yo seamos seres excepcionales que hacen historia con cada movimiento o cada palabra, sino porque ustedes y yo representamos en este momento cosas esenciales de la república, que, si son claras para todos nosotros, pueden traer al país una época de paz y de bienestar; y que si no las entendemos bien y no las aprecian con igual claridad todos nuestros

141 Pardo, Rafael, "Lleras y la relación civil militar", en *El Espectador*, semana del 2 al 8 de julio de 2006, pág. 8B.

que armar a un grupo de ciudadanos, de los mejores, los más rectos, los más justos y dejarles a ellos que establezcan el equilibrio cuando sea menester. Pero hay dificultad en ese proceso: No puede un hombre saber todas las leyes, conocer los antecedentes y doctrinas sobre propiedad, sobre relaciones civiles, sobre penas, y al mismo tiempo manejar bien las armas y estar listo para combatir con un enemigo externo. Los ancianos saben lo que ha pasado, han estudiado las costumbres y son capaces de hacer las leyes, pero no pueden combatir. Va apareciendo ya la necesidad de dividir ese trabajo y de que alguien legisle, es decir, que haga las leyes, alguien que diga cómo se aplican en cada caso, alguien que las haga cumplir, alguien, en fin, que ponga la fuerza al servicio de la ley desamparada e inerme.¹⁴³

¿Cómo explicar con mayor claridad el origen y razón de ser de las Fuerzas Militares, así como su razón de ser y su misión primaria?

El meollo del discurso lo encontramos necesariamente en el aparte titulado "La función política y la militar", donde encontramos tesis expuestas de manera concreta y rotunda:

La política es el arte de la controversia, por excelencia. La milicia, el de la disciplina.

Las Fuerzas Armadas no deben deliberar, no deben ser deliberantes en política. Porque han sido creadas por toda la Nación, porque la Nación entera, sin excepciones de grupo, ni de partido, ni de color, ni de creencias religiosas, sino el pueblo como masa global, les ha dado las armas, les ha dado el poder físico con el encargo de defender sus intereses comunes, les ha tributado los soldados, *les ha dado fueros*, les ha libertado de las reglas que rigen la vida de los civiles, *les ha otorgado el privilegio natural de la sean gentes cuyas quierres juzguen su conducta*, y todo ello con una condición: la de que no entren con todo su peso y su fuerza a caer sobre unos ciudadanos inocentes, por cuenta de los otros [...] Además porque las Fuerzas Armadas necesitan de todo el pueblo, del afecto nacional, del respeto colectivo, y no lo podrían conservar sino permaneciendo ajenas a las pugnas civiles.

Las Fuerzas Armadas no pueden, pues, tener partido.

Si la Fuerzas Armadas entran en la política y a la dirección del Gobierno, entran inevitablemente en la disputa sobre si el Gobierno es bueno o malo. Inmediatamente se forma un partido, el suyo, y otro, el adversario del Gobierno. dividen a la Nación, en vez de unificarla.

Yo no quiero que las Fuerzas Armadas decidan cómo se debe gobernar a la nación, en vez de que lo decida el pueblo, pero no quiero, en manera alguna, que los políticos decidan cómo se deben manejar las Fuerzas Armadas, en su función técnica, en su disciplina, en sus reglamentos, en su personal. Esas

143 *Ibíd.*, pág. 17 y ss.

Yo pienso así porque tengo la convicción de que todo es posible cambiarlo, alterarlo, modificarlo, suprimirlo o reorganizarlo en la acción constante de la política; pero hay instituciones que no pueden reemplazarse, que han sido creadas por la acción ordenada y paciente de millares de seres, y cuya estructura es fruto de la experiencia técnica de la humanidad y que requieren para llegar a su madurez y mayor eficacia ante todo, tiempo. Una de esas instituciones es la fuerza armada de un país. Cuando un ejército se desorganiza, cuando sus cuadros humanos se destruyen hay que esperar diez, veinte años para volver a organizarlos. Nadie puede sustituir una educación, especializada en altísimo grado, una vida consagrada a un oficio noble y difícil, improvisando gentes o llamando voluntarios. Y qué gran crimen dejar a una nación indefensa, por una razón cualquiera mezquina, de sectarismo, de desconfianza, o por simple torpeza en el manejo de tan delicado instrumento. Ese crimen no se cometerá, ciertamente, en un Gobierno presidido por mí.

Pero así como el Gobierno va a respetar en esa forma inequívoca a las Fuerzas Armadas, a exigir una absoluta reciprocidad de conducta en ellas. El orden constitucional, la paz, la seguridad del Gobierno, la tranquilidad del pueblo van a estar, como deben, confiadas a los miembros de las Fuerzas Armadas. Yo seré el símbolo del pueblo inerte, que deposita la totalidad de su confianza en las Fuerzas Armadas.¹⁴⁵

Una claridad mayor es imposible hallarla en la expresión de una política y unos lineamientos como los expresados, en los que plantea qué espera de las Fuerzas Militares, qué libertad de acción otorga a los mandos para el cumplimiento de su misión y cuáles son las mutuas responsabilidades.

Es necesario decir que Alberto Lleras y sus tesis con respecto a las Fuerzas Militares ni principian ni terminan en su alocución del Teatro Patria. Hubo múltiples expresiones de su conocimiento del alma y cuerpo de las instituciones armadas en muchos discursos, conferencias y obras a lo largo de su fecunda vida de intelectual y de político. Una muestra la constituyen las siguientes frases e ideas publicadas el 22 de enero de 1944 en un documento titulado *La nación y su Ejército*:

Los militares han creado la República.

El ciudadano que ha sido armado para el servicio de la patria ya es superior a todos, porque la nación lo ha dotado de una fuerza que los demás no tienen, pero que es una delegación y un depósito de confianza.

Colombia nació de una guerra de veinte años. Pero su autoridad no nace de la conjuración de los soldados, sino de la voluntad de los ciudadanos.

145 *Ibid.*, pág. 27 y ss.

que, como lo afirmó Alberto Lleras, tiene derecho a un fuero y una justicia que lo ampare y juzgue cuando sea menester para evitar ser víctima de los avatares de esa política y de los enemigos del Estado y de la sociedad que defiende.

El ejército colombiano nuevamente allende las fronteras

Las Naciones Unidas frente a una difícil situación de guerra planteada en el Oriente Medio, por decisiones político-militares del presidente de Egipto coronel Gamal Abdel Nasser, consistentes en nacionalizar el Canal de Suez y de paso, según sus deseos expresados de destruir el Estado de Israel, creó una Fuerza Internacional de Emergencia de la cual, previa invitación, hizo parte Colombia con un Batallón de Infantería.

En efecto, el presidente Nasser creó un Comando Unificado de las Fuerzas de Egipto, Siria y Jordania el 23 de octubre de 1956, circunstancia que generó la inmediata respuesta bélica de Israel en contra de Egipto y Jordania con la llamada guerra de los Seis Días.

Israel inició su ofensiva el 29 de octubre de 1956 y destruyó las Fuerzas Militares egipcias, llegando hasta el Canal de Suez, lo cual, dadas las circunstancias del momento, amenazó la paz mundial.

El ejército colombiano organizó la unidad de manera rápida y la dotó con especial esmero. Fue bautizada como Batallón Colombia 2 para cumplir tan importante compromiso y, en consecuencia, fue destacado a la zona de Gaza, para donde el primer contingente viajó por vía aérea el 10 de noviembre de 1956.

Su misión fue importante y cumplida con todo el cuidado y dedicación que correspondía a una Fuerza de Paz en la que se llamó "la crisis del Canal de Suez". El batallón regresó a Cartagena el 17 de noviembre de 1958. Había embarcado en Port Said en un transporte alemán el 3 noviembre anterior. Colombia recibió el reconocimiento correspondiente de las Naciones Unidas y del mundo.

Vuelve el ejército colombiano al Oriente Medio

La Secretaría de la ONU en septiembre de 1981 solicita al gobierno colombiano la participación con un batallón en la Fuerza de Paz que como resultado de los acuerdos de Camp David se encargaría de garantizar la paz en el Cercano Oriente.

9. General Santos Acosta Castillo, de 1867 a 1868.
10. General Santos Gutiérrez Prieto, de 1868 a 1870.
11. General Eustorgio Salgar, de 1870 a 1872.
12. General Julián Trujillo Largacha, de 1878 a 1880.
13. General José María Campo Serrano de 1886 a 1887.
14. General Rafael Reyes Prieto, de 1904 a 1909.
15. General Ramón González Valencia, de 1909 a 1910.
16. General Jorge Holguín Mallarino, de 1921 a 1922.
17. General Pedro Nel Ospina Vásquez, de 1922 a 1926.
18. General Gustavo Rojas Pinilla, de 1953 a 1957.
19. Mayor General Gabriel París Gordillo, Junta Militar, del 10 de mayo de 1957 al 7 de agosto de 1958.
20. Mayor general Desgracias Fonseca Espinosa, Junta Militar.
21. Vicealmirante Rubén Piedrahíta Arango, Junta Militar.
22. Brigadier general Rafael Navas Pardo, Junta Militar.
23. Brigadier general Luis Ernesto Ordoñez Castillo. Junta Militar.

Sin comentarios relacionados con las incidencias de los correspondientes mandatos nos limitamos sólo a mencionar sus nombres y fechas durante las cuales ejercieron la Primera Magistratura.